This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

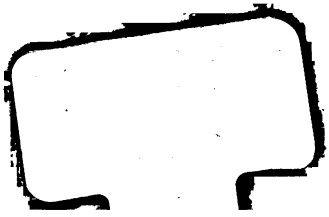
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 151 045



HORACIO = O
MALDONADO.

CABEZA DE ORO

NOVELA NACIONAL

CARTA PROLOGO DE
JOSÉ E. RODÓ

HORACIO O. MALDONADO

CABEZA DE ORO

Novela Uruguaya

ANTONIO A. DIAZ & Cía.
EDITORES

MONTEVIDEO
1906.

PQ8519
M35C3

Del autor:

Dolores y Ternuras—1902.
El Poema de los Surcos—1904.
En el Pago—1905.

En preparación:

A orillas del alma (cuentos).

De una carta

. . . . . .

«Conocía ya sus trabajos anteriores, y ellos me predispusieron favorablemente á la lectura del manuscrito de su nueva obra, la cual es, sin duda, un paso adelante. Celebraré, ante todo, que haya cambiado usted el objetivo de la observación y tome, esta vez, de la vida de ciudad, la acción de su novela. Nuestro campo es, sin contradicción, muy *novelable;* pero ya se ha trabajado bastante (hablo dentro de la relatividad que determina lo exiguo de nuestra producción literaria) en esa generosa mina; mientras que la vida de ciudad, en lo que tiene de verdaderamente *nuestro*, es tema novelesco casi virgen é inexplotado. Error sería considerar que la falta de originalidad honda y característica en las costumbres de nuestra vida urbana, debe descaracterizar también las obras que aspiren á reproducirla; porque precisamente esa condición social de la adaptación de lo extraño y sugerido, á un ambiente mal preparado para contenerlo, es lo que da de sí situaciones y caracteres llenos de interés: *originales,* en cuanto *nuevos* para la observación.

«*Cabeza de Oro* es un boceto, pero un boceto que sugiere la idea de lo que podría

ser el cuadro, plenamente desarrollado, que se compusiera tomando por base los *apuntes* de caracteres y el esquicio de acción que ha puesto usted en las animadas páginas de su obrita. El libro agrada de veras; agrada por lo que es en sí mismo, y, aun más, por lo que anuncia y promete. La mirada *zahorí* se revela por frecuentes aciertos. La figura de Catita, aunque trazada al desgaire y en pocos rasgos, es de las que denuncian un lápiz capaz de sorber el alma de la realidad. El carácter del protagonista interesa, porque no son pocos los que pueden reconocer allí algo de las tristezas y experiencias propias.

En una palabra, su nueva novela (tal es mi sincera opinión) impresionará cuando haga su salida ante el público como impresiona intuitivamente una de esas fisonomías que llevan en sí una sugestión de simpatía y de confianza. — «Podré equivocarme, — dice usted — pero creo que debajo de esa fisonomía hay un alma hermosa, ó una bella inteligencia.» Y yo, después de leer su novela me confirmo en la fe que siempre me inspiró su porvenir literario.»

. . . . . .

José Enrique Rodó.

I

En la casa toda la alegría se había concentrado en el hermoso cuarto que daba á la calle, con balcones sencillos y elegantes, hacia el sur. La tarde era calurosa; el sol despedía fuego en un cielo puro, sin la más tenue nube. Los plátanos que había junto á las aceras, estaban inmóviles; de sus hojas, que formaban espeso follaje, no salía el más débil susurro. Sin embargo, andaba mucha gente por la calle; los negocios hacían apresurar el paso y olvidar el calor. En el balcón se respiraba; la habitación estaba fresca y perfumada. Hermosos dibujos adornaban sus paredes y en el centro del cielo raso estaba pintado un gran ramo de flores exóticas. Había un escritorio de nogal, limpio y reluciente; un sillón bastante cómodo, un sofá, sillas, dos cuadros firmados por Diógenes Hequet, una alfombra, un espejo y una biblioteca. Entraban por el balcón bocanadas de aire fresco, y el resplandor de la luz, que el follaje de los plátanos suavizaba, iluminaba los objetos con una claridad dulcísima. El espejo reflejaba un pedazo de cielo bien azul, y los dos cuadros recibían la luz como una apoteosis de las dos escenas de guerra que contenían. No se veía una sola mosca, ni en las paredes, ni en el cielo raso, ni volando. La biblioteca estaba abierta; y había dos volúmenes en el suelo, sobre la alfombra, abiertos, como si alguien, echado allí, los hubiera estado leyendo.

Ocupaba el sofá una señora hermosa, elegante, de labios muy rojos, ojos y cabellos muy negros, rosadas mejillas, cuello ancho, brazos redondos,

augusta como una matrona romana. Palpitaban sus senos y en la nuca temblaba suavemente un mechoncito de pelo. Cubría su cuerpo un vestido blanco y ligero. De vez en cuando veíase en el espejo su cabeza, que era redonda, erguida y dulce en sus movimientos. Ante el escritorio estaba sentado un joven rubio y flaco. Era feo; tenía las mejillas hundidas y pálidas; un hombro era más bajo que el otro. Pero su cabeza era hermosa: adornábala un cabello largo, sedoso y rubio como el oro. Era redonda, un poco echada hacia atrás, vibrante; la sacudía airosamente á cada momento y sus cabellos de oro se desflecaban sobre la frente. Vestía el joven un elegante traje blanco. Frente á él, del otro lado del escritorio, estaba sentado otro joven cuyo tipo era de lo más vulgar: su cara no tenía expresión digna de ser notada; no brillaban sus ojos á influjos de ningún sentimiento; sus ademanes eran tontos; su traje de un color gris, correcto y trivial, y lindas sus facciones, pero con esa belleza un poco muerta á la cual ninguna cualidad notable de alma acompaña. Los dos jóvenes hablaban de cosas sin importancia, riéndose á carcajadas el del traje gris. La mujer del sofá los escuchaba, sonriente y coquetona.

De pronto el joven rubio se dió vuelta hacia su izquierda y dirigió la palabra á la del sofá.

—¿Sabes mamá, lo que me pasó anoche? Como hago siempre, por costumbre, estaba paseándome tranquilamente por la calle, contento, risueño, sin pensar en nada serio, cuando he aquí que siento una mano sobre mi brazo; me doy vuelta y me encuentro cara á cara con el doctor Romanes. Me saludó muy contento; hasta me abrazó. Nos pusi-

mos á caminar juntos, y comenzó á preguntarme acerca de mis estudios. Le dije que ya me había recibido de abogado; dió entonces un salto de alegría, me pasó el brazo por el cuello y me llevó apresuradamente por otra calle. Me habló de política: me describió la situación actual de las cosas; me habló de las próximas elecciones; me dijo cuales eran los candidatos que contaban con más probabilidades y me hizo ver las cosas buenas y las cosas malas del gobierno. Después se lamentó de mi despreocupación respecto á la política. ¿Para qué había estudiado tanto si no me arrojaba á la lucha? ¿Para qué me servía la inteligencia? Me dijo que salir de la oscuridad es hermosísimo. ¿Qué mayor ventura para un joven que su nombre sea pronunciado por miles de bocas? ¿Por qué tanta timidez? Caminábamos con mucho apresuramiento; de vez en cuando él me daba un golpecito en la cabeza y me decía: «¡Oh, que cabeza linda! Es una cabeza de oro. Podría servir muy bien para cabeza de orador...»

—¡Ah, ese Romanes, Eulogio,—interrumpió la señora—no sabe más que halagar á todo el mundo! Busca discípulos, y por supuesto que tú ya caíste.

—Déjame hablar, mamá. Volvió á repetirme que yo no debía perder el tiempo lastimosamente y que tenía condiciones para hacerme de un nombre. Con un poco de arrojo lo conseguiría todo. Me explicó entonces cómo él hizo su carrera. De una manera muy fácil: tuvo un poco de atrevimiento, habló en público y al otro día contó con un círculo que se fué agrandando... «Los fuertes, amigo Montaña,—me dijo—triunfamos

tarde ó temprano». Yo le escuchaba, sintiendo ya ciertas cosquillitas...

—¡Oh, sí!—volvió á interrumpir la señora.—¡Si ese Romanes tiene talento para hacer perder la cabeza á los jóvenes!

—Creo que tiene razón. ¿Qué he hecho yo hasta ahora? Vivir sin ambicionar nada .. sin otro tesoro dentro de mi alma que tu cariño... Pero voy á seguir contándote. Frente á una casa nos detuvimos, y Romanes me dijo con calor: «Aquí se celebra esta noche una reunión de carácter político. Hablarán muchos. Es necesario que tú asistas. Yo te presentaré á varios personajes.—¡No, no, doctor!—me apresuré á decirle.—Yo nunca me he metido en esas cosas, ni pertenezco á ningún partido. ¡No, no!—El me apretó el brazo.—¡Tonto! Debes entrar; debes comenzar. Si no se comienza... ¿Qué esperas? Tú tienes talento; los profesores de la Universidad me lo han dicho.»

Me enloqueció y me hizo subir una escalera. Cuando hubimos ascendido varios escalones, me dijo al oído: «Es necesario también que tú hables esta noche; que te des á conocer.—¿Está usted loco, doctor?—le grité.—No; te hablo con sensatez.—¡Pero si nunca he hablado en público! ¡Si no tengo preparado el discurso! ¡Si no sé nada de la cuestión! ¡Si soy un ignorante en política! ¡Si me falta presencia de ánimo! No hablaré, no.—Tú hablarás; entremos».

Entramos en un vasto salón, soberbiamente iluminado. Había muchos hombres sentados. En el fondo estaba la tribuna; un anciano hablaba con energía, y todos aplaudían con las manos y los bastones. Cuando distinguieron al doctor Roma-

nes prorrumpieron en frenético aplauso. Cerca de la tribuna estaban sentados varios señores respetables, entre los cuales se sentó Romanes, dejándome á mí confundido entre la multitud. Siguió al anciano en la tribuna un joven fogoso, que pegaba con el pie en el tablado. Habló después un señor gordo, con mucha calma y voz muy suave. Su discurso fué largo y aburrido; pero á mi no me pareció así. Yo temblaba, mirando á hurtadillas á Romanes. Quería esconderme para que no me viera. De pronto el hombre gordo termina su discurso; se levanta Romanes, habla dos ó tres palabras con los señores, y me llama..... Quedé frío; no moví los pies. Me chistó y no me moví. Se me acercó..... Fuí objeto de todas las miradas. Me arrastró hasta la tribuna, mientras me decía al oído: «No es nada, Montaña; dos ó tres palabras de efecto. Entusiasma á la gente; vocifera todo lo que puedas.... Eso te favorecerá. ¡Vamos, valor! »

Me colocó en la tribuna. Sentí un vértigo; me parecía que me iba á caer, y no veía nada. Deseaba que la tierra me tragara, y dirigí á Romanes una mirada angustiosa. Todos esperaban, con la boca abierta. El momento fué terrible. Pero no sé lo que pasó en mí después. Hice un esfuerzo, abrí la boca y hablé. No sé lo que hablé. Pero todos me aplaudieron con delirio, y oí pronunciar mi nombre entre los aplausos. Romanes estaba loco conmigo. Parecíame ver el salón lleno de un esplendor inusitado: luces, flores, pedrerías, visiones. Volaba mi cabeza. Cuando todo se hubo apaciguado, resonó en la sala una voz, que fué para mí como un beso prematuro de la gloria, cálido y enloquecedor: «¡Viva Montaña!» Era Romanes, que

me aclamaba así. Ochocientas voces repitieron «¡Vivaaaa!»

Cuando nos despedimos me dijo que iba á trabajar para las próximas elecciones...

—Quiero que seas diputado—me dijo en la puerta de su casa—¡Y lo serás, *cabeza de oro!*

El joven rubio ó Eulogio Montaña dejó de hablar aquí y miró con mucha seriedad á sus dos oyentes. El joven vulgar arrojó una carcajada estruendosa, echándose hacia atrás sobre la silla, á punto de caerse con ella. La señora sonreía dulcemente, llena de orgullo.

—Pues ha sido una noche gloriosa para tí. Eulogio—dijo ella. ¡Has empezado muy bien!

—Sí, mamá. ¡Pero mira como se ríe Zoilo! ¿Te causan risa esas cosas?

Zoilo se apretaba el vientre, mientras en medio de sus carcajadas decía:

—¡Ca... be... za de oro! Cabe... za... de oro!... ¡Cabeza de oro!

Se reía del apodo y de las circunstancias en que se había originado. Caía hacia atrás con la silla, convulso, desesperado de risa. Eulogio y su madre se reían de verle así. Luego el joven rubio se levantó, se asomó al balcón y sintió que se movían algunas hebras de sus cabellos.

—Comienza á soplar un poco de viento—dijo.

Las hojas de los plátanos, en efecto, comenzaron á susurrar, aunque débilmente. Levantáronse las páginas de los dos libros que estaban abiertos en el suelo.

—¿Y qué piensas hacer, Eulogio? No me has dicho nada todavía —dijo la del sofá levantándose y asomándose al balcón—¿Seguirás los consejos del doctor Romanes?

—No sé... Pero creo que no soy un mal orador... Me parece que tengo algunas dotes, y dejar de aprovecharme de ellas sería una gran tontería. Tengo ganas de ser algo, mamá. Se me ha despertado el amor propio. Casi todos mis compañeros de estudio están figurando. ¿No es una vergüenza que yo viva en la oscuridad? ¿Qué opinas tú?

Que piensas bien. Figurar no es malo; pero trata de no mancharte en esas cosas. La política corrompe, Eulogio.

Zoilo continuaba riéndose entre tanto; era una risa nerviosa, atroz, que convulsionaba todo su cuerpo.

—¿Todavía, Zoilo? — dijeron madre é hijo.

—Me causa mucha gracia tu apodo, Montaña. Desde hoy te llamaré Cabeza de Oro.

Permanecían madre é hijo en el balcón. El viento suave que comenzaba á levantarse, agitaba las rubias guedejas del joven y daba á su cabeza una frescura de campo de trigo suave vemente ondulado. Resaltaba más, en el balcón, el pobre cuerpo flaco que sostenía tan admirable cabeza; las piernas, que eran tan delgadas, parecían sostenerse apenas; los brazos caían como brazos dislocados, y el hombro más bajo se hundía cada vez más... Las dos cabezas se juntaron; las dos eran redondas, soberbias y vibrantes; las dos brillaban.

Se tomaron las manos como dos enamorados.

—¿Te acuerdas — dijo él — cuando ponía mi cabeza sobre tu falda?

—¡Oh, sí! Ya tenías diez y ocho años y todavía no habías perdido esa costumbre.

—La sentía muy fresca cuando la ponía sobre

tu falda. Creía meterla en el agua ó recostarla sobre la hierba.

Se rieron, inclinándose más el uno hacia el otro.

—¿Crees, mamá, que yo llegue á ser un personaje?

—Lo creo; estoy segura. Tú tienes mucho talento y anoche lo revelaste. ¿Pero cómo te las verías en la tribuna, sin el discurso preparado?

—¿No te he dicho que pasé un momento de horrible tortura? Pero me vino de pronto la inspiración ....¡Estoy asombrado aún!

Ella comenzó á acariciarle la cabeza, jugando con los cabellos, levantándolos, separando una á una las hebras, enroscándolas en sus dedos, y arrojando mechones hacia la frente, que desaparecía bajo la invasión.

—Zoilo, vente al balcón; aquí hace fresco— gritó Montaña á su amigo.

Levantóse Zoilo, y con su cara aún risueña fué á colocarse junto á ellos. El sol se suavizaba; el aire se hacía dulce al rostro; se respiraba bien y la vista podía ya penetrar libremente en el espacio.

—Esta noche tengo que preparar un discurso para mañana. ¿Te lo he dicho ya, mamá?

—¡Hola! No me habías dicho eso. ¿Conque mañana hablarás otra vez en público? ¿Te lleva el doctor Romanes?

—Sí; estos días son de mucha actividad. Se acercan las elecciones, mamá.

—¿No vamos todavía á dar nuestro paseo?— preguntó Zoilo.

—Sí, ya es hora. Podemos tomar antes un poco de té. ¿No es verdad, mamá?

—Sí sí. ¡Teresa!

Apareció la sirvienta, una joven delgada, humilde y simpática.

—Prepara el té.

Tomaron té los tres, haciendo el escritorio de mesa. Zoilo dirigía algunas bromas á su amigo y le trataba de «elocuentísimo orador». Aplaudía, remedando á los de la noche pasada; elogiaba la rubia cabeza del jóven, imitando al doctor Romanes, y adoptaba como él un tono de voz meliflua.

—Sí, queridito Eulogio. Tú serás un hombre feliz, á quien la gloria besará con el beso más ardiente que haya dado. Te lo aseguro.

Cuando acabaron de tomar el té, Zoilo se despidió de la madre de Eulogio y bajó la escalera para que su amigo se apurara. Antes de salir Montaña, tuvo lugar el siguiente diálogo entre él y la madre.

—Esas cosas—él hablaba—hacen arder mucho la cabeza. Pero siempre estarás tú para refrescármela. ¿No es verdad, mamá?

—¿No te olvidarás de mí en medio de esas cosas?

—¡Oh, al contrario! Tú serás siempre lo que habrá de más dulce para mi alma.

—¿De veras?

—De veras. ¡Hasta luego, mamá!

—Hasta luego, Eulogio. Ven pronto á cenar.

II

Ya el sol, convertido en apacible esfera de luz, rozaba el horizonte cuando Zoilo y Montaña salieron á la calle. Las dos caras sudorosas recibieron la frescura conel deleite conque se recibe un beso del ser querido. Recorrían las calles las re-

gadoras, derramando en sinnúmero de brillantes hilos, sobre el suelo polvoriento, la refrescante agua. El olor á tierra húmeda era tan grato al olfato como el perfume de una flor Las cabezas se descubrían, se esparcían los cabellos, se evaporaba el sudor de las frentes y las almas se sentían frescas como para mejor soñar y sentir. La ciudad revivía; los últimos rayos del sol doraban la cima de los edificios más altos. Había en el aire como un polvo de oro tenuísimo que daba á los objetos un aspecto sumamente delicado, obstinada caricia de una luz que sentía abandonarnos y se volvía cual rostro querido que se va...

El bullicio era atronador; los tranvías marchaban rápidamente, atestados; la gente se atropellaba en las calles; formábanse en las esquinas masas compactas, como barreras contra el empuje de la ola humana; en las plazas no había un solo banco desocupado; corrían los pilluelos vendedores de diarios, pregonando con fuertes gritos; mujeres hermosas marchaban coquetamente, ostentando ricos trajes y dejando en los ojos de los hombres ráfagas de sensualismo. Entre los transeuntes los había que caminaban despacio, serenamente, las manos á las espaldas, la vista en pos de las mujeres, devoradora; los había que marchaban rápidamente, sudorosos, atropellándolo todo, sin mirar á nadie, y por último, los había también que se detenían de vez en cuando en espera de un enjambre de mujeres que admirar.

Un cuerpo elegante de mujer y unas piernas á medio ver, atraían sinnúmero de miradas, que se encendían; una hermosa cabellera formando elegante peinado era para esas miradas como la cúspide de un ensueño de amor. La suave luz del

crepúsculo era como un apaciguamiento sobre el alboroto de las calles; era aquello la última explosión del día y el primer abrazo de la noche, que asomaba ya un ojo en una estrella.....

Todo Montevideo presentaba un aspecto encantador. Estaba hermosa la ciudad; fresca y húmeda como un capullo. El cielo era un raso violeta. Montevideo estaba encantador porque parecía soñar: una dulce transformación de las cosas disipaba el prosaísmo de la vida presente. La hora era inefable: las almas sentían, las frentes pensaban y los ojos se llenaban de cosas vagas.

Zoilo y Montaña caminaban por la calle Sarandí; hablaban poco, y el segundo estaba más soñador que nunca. Multitud de voces dentro de su alma le hablaban de grandes cosas, y él se consideraba ya como un hombre destinado á cumplir una misión excelsa. Parecíale haber salido recientemente de un sueño. ¿Qué había sido de su vida hasta ahora? Nada; jamás una rebelión se despertó en su alma, ni un acicate la inflamó, ni una idea grande la hizo estremecer ¡Oh, qué vida fría!

Fué necesario que el doctor Romanes le recordara la verdadera vida para que él resolviera arrojarse al torbellino de las grandes cosas. Tenía una cabeza excelente y él no se había dado cuenta de ello. Jamás trató de hacerla destacar un poco sobre las demás cabezas. ¡Ah, pero en adelante!

Un vivo carmín coloreaba sus mejillas; se abrían mucho sus ojos, como si se dilatasen para dar paso á su alma, ávida entonces de conocerlo todo... No veía á las mujeres ni oía el bullicio, mientras á su lado Zoilo se desmayaba de tentaciones.

— Contemplemos á esta beldad que se acerca, Eulogio.

Y Zoilo se detuvo para poder admirar á una mujer bella y elegante que pasaba por allí. La cara vulgarota del joven se encendió de repente; las piernas le temblaron y sus ojos se fueron tras la mujer bella y elegante...

— Lo único que me hace sufrir en el mundo, amigo Montaña, es la mujer. Cuando veo una como ésa, sufro, me tambaleo como un borracho, y si nadie me mirara...

Un temblor de brutal sensualidad sacudió nuevamente todo su cuerpo.

— ¿La viste ya? — le preguntó Montaña.

— Sí; podemos continuar nuestros paseo, aunque ya es tarde y tengo mucha hambre. ¿Pero no miras tú á las mujeres? ¿No te seducen?

— Acaso no. Tengo los ojos en otra parte.

— Pero dime: ¿tú no tienes novia?

— No; la busco y no la encuentro.

Se encendieron las luces. La animación fué disminuyendo, y los hoteles comenzaron á llenarse de gente. El Grand Hotel ostentó un soberbio lujo; en el fondo, frente á un gran espejo, una orquesta preparábase para ejecutar un trozo de ópera. En la calle 18 de Julio una larga hilera de arcos voltaicos semejaba gigantesco rosario luminoso tendido sobre el pecho de la ciudad, ya próxima la hora de la oración; suavemente agitábanse los tiernos plátanos de la plaza Matriz, y el reloj de la catedral, soberbiamente iluminado, daba esplendidez al bello y severo edificio que lo alojaba. Brilló en el horizonte una luna blanca y redonda, cuya luz se perdía entre tanto derroche de focos eléctricos, como débil beso de moribundo.

—¡Ya es de noche, Eulogio! ¡Y no he comido aún! ¡Qué atrocidad! ¡Cómo estará mi estómago! Porque has de saber que yo sufro del estómago...

—¿De veras, Zoilo?

—Sí, sufro mucho. No sé si será dispepsia ú otra enfermedad. ¿Conoces al médico Martínez? Pues me he hecho ver por él. Me examinó detenidamente, se sonrió y me dijo que yo era muy aprensivo.

Montaña sufría, oyendo tanta vulgaridad. Tuvo ganas de escupir la cara de su amigo; pero se contentó con pasarse la mano por la cabeza ardorosa y echar hacia atrás sus hermosos cabellos, despejando la frente. Por fortuna, el otro no tardó en despedirse, apresurando el paso para llegar pronto á su casa.

Eulogio Montaña permaneció un rato inmóvil, el sombrero en la mano, brillante la inmaculada blancura de su traje, abiertos desmesuradamente los ardientes ojos. Ya casi no pasaba gente por allí. Cerca de él brillaba espléndida vidriera, que atraía y cautivaba los ojos de los transeuntes. En el medío de la calle algunos charcos reflejaban la luz de la luna, recordando así, á los que no miraban al cielo, la aparición del astro de la noche. Luego Montaña caminó hacia la plaza Independencia; su paso era grave y mesurado; algunas hebras de su cabello flotaban suavemente; una guía de su bigote se movía con movimientos caprichosos, bajando hasta tocar el mentón ó subiendo hasta acariciar la nariz. Llegó á la plaza Independencia. Las dos hileras de bancos estaban casi totalmente desocupadas; sólo un melancólico que miraba á la luna, y dos ó tres perdidos que dor-

mían, les hacían honor. Montaña se sentó, dando un resoplido como si estuviera excesivamente fatigado. La luna parecía mirarle á la cara, y él fijó en el pálido astro sus brillantes ojos. Después los cerró, como si se hubiera dormido. Pensaba en su vida futura. La deseaba ardiente, llena de estremecimientos, fogosa, luchadora, intensa, y aún llena de espinas.

Era necesario sufrir también, pues en el sufrimiento se forjan los caracteres heroicos. Sentíase ambicioso de gloria y de martirio. Toda la serenidad de su alma había huido. Ya no era como antes. Antes había sido como un dulce niño que de nada se preocupa; ahora era como un padre, como un dueño de caudales, como un gobernante.

Sintió que le tocaban un brazo y se dió vuelta.

—¿Qué quieres, Teresa?

Era la criada.

— Ando buscándolo para que venga á cenar. La señora lo está esperando desde las seis.

— Bueno; vete no más, que ya voy.

Caminó tras la criada. Llegó á su casa y encontró la mesa ya servida. Era el comedor pequeño, pero bien pintado y bien amueblado. En el centro estaba la mesa, pequeña y redonda, cubierta de blanquísimo mantel; sobre la mesa una fuente llena de fiambres, una pila de platos y una botella de vino; y de pie ante la mesa, preparando una ensalada, estaba la madre de Montaña, hermosa en tan vulgar ocupación.

—He hecho traer este fiambre, Eulogio, porque sé que te gusta mucho. ¿Quieres que te prepare la ensalada ó te la prepararás tú mismo?

III

La vida de Eulogio Montaña, hasta entonces, había sido asaz sencilla; una vida de hogar, íntima, llena de ternuras. Su padre, Alberto Montaña, falleció cuando él — único hijo — hubo cumplido dos años. Vivió pegado á la falda materna; creció, y siempre se pasaba las horas con la cabeza escondida en el regazo de la mamá, perezosamente, encogiéndose y estirándose como un gato. Era el regazo materno inefable almohada para su rubia cabeza, como si ésta allí sólo pudiera sentir dulce frescura.

—¡Qué pesado te pones, Eulogio! — le decía la madre—¡Siempre estás sobre mi falda.!

— Déjame descansar, mamita—respondía Eulogio.

Tuvo que ir á la escuela, y en los bancos de la clase su cabeza sintió la nostalgia de la falda querida. Caía sobre la dura tabla, cerrábanse los ojos y Eulogio quedaba dormido. Un coscorrón del maestro le despertaba; entonces se ponía á llorar. Sentías ed de caricias durante las horas de clase, una sed ardiente, devoradora, que le hacía languidecer como flor separada de la planta; pero se desquitaba con creces al regresar á su casa. Corría veloz hacia su madre, como un sediento que divisa un manantial, escondía la cabeza en la falda, la restregaba, la sacudía y cerraba los ojos lleno de una dicha indecible.

— ¡Qué duros son los bancos de la escuela, mamá! — exclamaba á veces.

El padre había sido un hombre violento, que dió muchos ratos de disgusto á su mujer. Su grueso

cuello se hinchaba en ciertos momentos, amenazando reventar; agolpábase en sus ojos la sangre, enrojeciéndolos horrorosamente; abríase su boca para dejar escapar palabras violentísimas; hinchábanse las fosas nasales; caían los puños fuertemente sobre el objeto que estaba próximo; juraba, maldecía, blasfemaba, llenábase su cabeza de locura inaudita, y luego, en todo él, no había más que una ternura inmensa y llorosa.

—¡Hombre, no seas cargoso! —le decía entonces su mujer.—Ya sé que me quieres; déjame. ¡Sí te creo, hombre!

Eulogio no heredó esa violencia; su carácter fué dulce y sereno. Ingresó á la Universidad y cursó sus estudios con aprevechamiento. No faltaba á las clases; el hermoso edificio que se alza junto al mar, le atraía deliciosamente. Era la Universidad para él un dulce abrigo, un manantial, un delicioso abrevadero, una encantadora pradera. En la clase, mientras oía las explicaciones del profesor, creía sentir cemo un suave viento fresco que jugaba con sus cabellos, y su cabeza reposaba blandamente. Estudiaba mucho, pero ningún ensueño de gloria le acosaba. Salía muy poco de su casa; cultivaba pocas relaciones y vivía embriagado en la ternura de su madre. El escepticismo no entró en su alma, ni la rebelión la sacudió: ella se conservaba serena y risueña. Pocas espinas le desgarraron, y como no se arrojaba plenamente á la vida, pocos dolores conocía. Pero había una llama en su alma: la del cariño maternal. Tenía ya diez y ocho años y su dorada cabeza reposaba sobre el regazo materno, como cuando niño. Su vida, pues, era asaz sencilla. Graduóse de doctor en jurisprudencia y continuó siendo el

mismo hasta la noche memorable en que se encontró con el doctor Romanes.

IV

Una noche Montaña volvió á su casa muy tarde. Desde las doce de la noche, después de una reunión en la cual se habían tratado asuntos importantes, estuvo con el doctor Romanes y tres aspirantes á una diputación en una confitería, charlando hasta por los codos, con un entusiasmo que nunca se había visto en él.

El doctor Julio Romanes era un hombre de mucha influencia en los círculos políticos; admiraban muchos su inteligencia clara y manifestaban que era el más digno de ocupar el *puesto*. El *puesto* era un alto cargo, entonces vacante. Romanes era alto, de facciones regulares y costumbres sencillísimas. Lo más característico de su persona eran unos bigotes negros y largos, cuyas guías se dirigían hacia arriba, en perfecta línea vertical. Tenía cuarenta años y su carrera política comenzó á los veinte. Sus triunfos no estuvieron en relación con sus luchas y desvelos, pues lo más que consiguió fué una diputación. Pero jamás protestó; el orgullo de ser aclamado por infinidad de parciales le ponía contento y daba á sus pasos una serenidad augusta de hombre virtuoso que no tiene una mancha sobre su frente. Estaba casado y tenía cinco hijos, el mayor de los cuales contaba nueve años. Era su esposa una mujer sencilla é ignorante, sumamente hacendosa, amantísima del hogar y dulce siempre con su marido. Sus ojos azules no veían otro escenario que el del hogar; iba más allá y nada más la aco-

saba. Ella no comprendía las ambiciones de su marido. ¿Qué puesto era ese de que hablaba él? ¡Bah! Jamás se lo preguntaba; sonreía dulcemente cuando él hablaba, y dejaba asomar á sus ojos toda la sencillez de su alma. Él era bueno con ella, pero se entusiasmaba demasiado con *esas cosas.*

Una noche oyó hablar á su marido en sueños. «¡El país se hunde!» —gritó dándose vuelta en la cama.

—¡Julio! ¡Julio! —llamó ella dulcemente.

El abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes pesadilla?

—¡Nada! Soñaba con el puesto.

¡El puesto! ¡Siempre con ese dichoso puesto! ¿No podía él vivir tranquilamente sin eso? Tal era la pregunta que se hizo Manuela al cerrar nuevamente los ojos.

Los tres aspirantes á una diputación eran personas de aspecto apacible. Dos eran jóvenes, pues contarían á lo más treinta años; el otro pasaba de los cincuenta, y algunas canas brillaban ya entre sus negros cabellos. Este último había trabajado siempre con ardor en las filas de su partido, que era el dominante; era grave en sus ademanes y su voz sabía hacerse insinuante. Estaban los cinco sentados ante una mesa, sobre la cual había cinco copas llenas de champagne. Montaña se había sacado el sombrero y lucía su rubia cabellera; llevaba de vez en cuando las manos á su cabeza y se echaba atrás los cabellos con un movimiento de suma altivez. Sonreía, y su rostro expresaba un delicioso bienestar. Miraba con ternura al doctor Romanes, aprobando vivamente todo lo que él decía. Hablaron del país. Recorda-

ron sus desgracias, las innumerables guerras civiles y los odios durante la paz. Hacían falta conciencias rectas, imparciales, iluminadas por grandes ideas. Era preciso salir del abismo cuanto antes. ¿Cuándo surgirían hermosas cabezas, que pensaran en el país como se piensa en una madre? Habia que decir muchas verdades; pero los labios no eran valientes. ¿Quien se atrevía? ¿Quien? ¿Acaso los puestos no cerraban las bocas y hacían dejar muchísimas cosas en el tintero? El que se arrojara á la lucha, rompiendo con todo, llamaría necesariamente la atención y se cubriría de gloria. ¿Pero quién? ¿quién? Era preciso estar lleno de un amor grande hacia el país y tener un cerebro robusto, clara dicción, elocuencia, mucho sentimiento.

Montaña llevó temblorosamente la copa á los labios, enardecidas un poco sus mejillas. Sentía algo en su cabeza, la cual latía como un corazón.

—¿Quién? ¿quién?

Resonaba esta pregunta en sus oídos como un clarín de guerra en los oídos del soldado. De su alma se levantaba algo impetuoso; una vida nueva parecía acariciarle.

—¿Recuerdan ustedes —interrumpió uno de los dos jóvenes aspirantes á una diputación —lo que han leído acerca de los tiempos antiguos? Entonces la raza humana era valerosa y sincera; no conocía la hipocresía; no ocultaba sus vicios y el valor no la dejaba cerrar un momento la boca. ¿Había necesidad de censurar? Se censuraba. ¿Había necesidad de maldecir? Se maldecía. ¡Cómo se estrujaba lo malo! ¡Con qué ardor se hablaba y se escribía! ¿Han leído ustedes á Isaías?

¡Qué cabezas heroicas eran aquellas! ¡Qué cabezas!

Montaña sacudió la suya como un león sacude su melena. Se enardecía; acariciaba vastos ensueños. La sangre le subía á la cabeza en oleadas.

La conversación versó entónces sobre los héroes, sobre los hombres gloriosos, sobre las lumbreras. Había seres predestinados, que llevaban en su frente las llamas de las grandes cosas. De un día á otro podía surgir alguno. Se halagó entonces á la juventud y se la miró como una felicidad para el país. Había que llevar jóvenes á los puestos públicos, á la representación nacional y á los centros de enseñanza. Los viejos ya no servían, y había en el país savia nueva. El país necesitaba transformarse y era necesario, pues, enseñar ideas nuevas. Adelantar, no retrogradar.

Se habló de las próximas elecciones y de los candidatos que triunfarían. Romanes manifestó que la candidatura de Montaña iba viento en popa. Pero Montaña ya no los oía: ensueños vastos y locos turbaban su alma y enardecían su cabeza. ¡Su cabeza! ¡Esa cabeza tan hermosa que había originado el apodo tan dulce de «Cabeza de oro»! ¿Cuando surgiría una cabeza hermosa y heroica? Recordó el triunfo de aquella noche en que él había sido llevado á la tribuna sin arma alguna, con todo el peso de su timidez é inexperiencia. ¿Por qué no sería él la cabeza heróica, el hombre valiente y sincero, que diría todas las verdades, censuraría todos los vicios y vaticinaría dichas ó catástrofes? ¿No se había él revelado una noche? ¿Por qué no romper con las timideces que enervan el alma?

Mientras pensaba así, echaba atrás su cabeza

rubia, abría bien los ojos, los elevaba, se ponía la mano en el corazón. Lo sentía latir tumultuosamente, y le golpeaban en la frente. Creía sentir dentro de su cerebro ruído de martíllos que caen sobre yunques... Volaba su alma, y se creía revestido ya de su misión. Los otros hablaban; habían descendido á menudencias y trataban de mujeres, de amores. de placeres y enfermedades. Él no oía nada, excepto las revelaciones de su alma. Parecíale que un mundo nuevo se desplegaba ante sus ojos; un mundo lleno de encantos, con bosques, pájaros, fuentes y ríos, entre los cuales su alma se deleitaba después de haberse escapado de un desierto. Porque un desierto había sido su vida hasta entonces: no había abierto los labios para nada, ni su alma se había estremecido, ni su cerebro se había incendiado...

—¿La viste tú, Montaña? Es una mujercita adorable; ríe mucho y canta como un pájaro. Está á punto de caer en mis brazos.

—¿A quien? Disculpen; no he oído nada..... Estaba pensando en otras cosas.

—Nos retiramos — dijeron los aspirantes —¿Tú te quedas, Montaña?

— Sí; me duelen los piés.

Se quedó solo. Levantóse y miróse en el espejo. Nunca se había visto tan hermosa la cabeza: el color de los cabellos le parecía un color divino, cuyos reflejos ni el oro poseía; la forma de la cabeza podría haber servido de modelo á un escultor de la antigüedad; sus movimientos eran arrogantes; el corte de la frente prometedor, y además mil puntitos brillantes parecían formar una corona..... Se dió un golpe romántico sobre

la frente y volvió á sentarse. Bebió la última gota de champagne.

Ideas generosas inundaron á su alma. Compadeció á los desgraciados y se rebeló contra los malvados. Pensó en la dulce doctrina de Jesús y se exaltó un poco. Había que proclamar los principios justos; dar á cada uno lo suyo y vivir en inefable confraternidad. ¿Se haría socialista? No; nada de sistemas. Ideas buenas, amor y fé.

Encendió un cigarro y pidió otra botella de champagne. Luego gesticuló, hablando en voz baja; y el mozo pensó que estaría ya borracho. El champagne acabó de transtornarle, y sus ensueños tomaron proporciones colosales. Estaba loca su cabeza. Veíase rodeado de madres llorosas y trémulas, de niños sucios y harapientos, que le pedían por favor la dicha; él la prodigaba y todos le besaban la cabeza. Después le acometió súbita ternura y pensó en su madre; reclinó la cabeza sobre el mármol imaginándose tenerla sobre la falda materna, y balbuceó dos ó tres tonterías de niño.

—Se van á cerrar las puertas, caballero—le dijo el mozo al oído.

—¡Ah, es verdad!

Se tomó el resto del champagne. Levantóse tambaleando y se acercó nuevamente al espejo. Sonreía, mientras se miraba la cabeza. Vióse completamente otro en el espejo y convencióse de que su vida iba á ser también otra. En medio de los vapores del champagne veía luchas, oía discursos y proclamas, gritos de triunfo y maldiciones, injurias y alabanzas; veía á su alma revuelta, llena de las grandes cosas, sin un momento de reposo y ascendiendo siempre...

—¡Eso es vivir, sí! ¡Eso es vivir! —gritó, haciendo reir al mozo.

V

El doctor Romanes se sentaba siempre á la mesa con dulce alegría, dirigiendo palabras cariñosas á su mujer y á sus cinco hijos. A esa hora sus ensueños de político despertaban radiantes en su alma; coloreábanse sus mejillas como si hubiera bebido mucho, y sus manos jugaban con el vaso y los cubiertos. Si su esposa se quejaba de que la cocinera rompiía un plato, él, para consolarla le recordaba el *puesto.*

—Ya verás, Manuela, cuando haya calzado yo. ¡Qué vidona nos vamos á dar!

Manuela sonreía dulcemente, compadeciendo á su esposo; pero cuando le veía demasiado embriagado con sus ensueños, se atrevía á replicarle un poco:

Sin embargo, ese puesto no acaba de llegar... y tenemos muchas deudas...

¿Deudas? ¡Qué importaba! No eran deudas, no ¿Por ventura el doctor Romanes era un deudor como los demás? ¿No se le ofrecían todos, el carnicero, el panadero, el lechero, el casero, con la plena seguridad de que serían más tarde pagados con creces? Nadie se atrevía á cobrarle; era para ellos como un honor estar ligados de esa manera á un hombre como el doctor Romanes... ¡Era como un dulce parentesco!

—¿El doctor Romanes? — decían ellos. — Si lo conozco; si soy su abastecedor.

—No te preocupes de eso, Manuela. Ellos esperarán, y esperarán contentísimos.

Comía alegremente, con buen apetito, y bromeaba con sus hijos tirándoles bolitas de pan. Eran sus vástagos niños encantadores: tres varones y dos mujercitas. Tenían los cinco carita rosada y cabellos castaños; eran vivos y glotones. Manuela, su mujer, era hermosa, pero con esa hermosura triste y acongojada, que tiene algo de las facciones de la Virgen al pie de la cruz. Peinaba humildemente sus rubios cabellos con raya al medio, despejando por completo la frente; sus ojos eran grandes, azules y vertían una luz pura y tímida, que excitaba la ternura. Tenía su cabeza movimientos sumamente dulces, ora á la izquierda, ora á la derecha, ora hacia el pecho. Sus senos eran redondos y augustos. Todo su aspecto era de mujer sana.

Casóse por amor. Era rica, y el doctor Romanes, que pertenecía á una pobre familia de trabajadores, no poseía más que el título. Pasaron en la opulencia los primeros años del matrimonio; nada más. Romanes era un ambicioso político y derrochó la fortuna de su mujer en multitud de trabajos de tal índole. Para salir electo diputado tuvo que gastar algunos miles, pues su candidatura encontraba serias resistencias; sacó de la miseria á varios de sus amigos para contar después con su adhesión, y su vida de lujo le comió también mucho dinero. Resultado: la pobre Manuela se encontró con que no tenía nada ya. Resignada como una santa, no protestó; buscó una casa pequeña, despidió á los criados y se hizo una mujer admirablemente hacendosa. Cosía la ropa de su marido y la de sus hijos; barría los cuartos, lavaba los pisos y hasta hubiera cocina-

do á no ser por la ardiente oposición de su marido.

Una mañana, á la hora del almuerzo, encontró Romanes á su esposa llorando.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Porqué llóras? ¿Somos unos desgraciados acaso?

Manuela lloraba silenciosamentc, escondidos sus ojos en el pañuelo. Tenía sueltos los cabellos y parecía una Magdalena arrepentida.

—Dí, dí, ¿Por qué lloras?

—Vinieron á cobrar hoy...

—¿Por eso lloras?

—Se enojaron...

—¡Ah, ah!

—¡Y me insultaron!

Escapósele un sollozo fuerte con las últimas palabras. Romanes se indignó. ¡Infames! ¡Conducirse asi en su casa, en la casa del doctor Romanes! ¡Infames, infames!

—¿Pero qué piensan hacer ellos?—preguntó á su mujer enjugándole las lágrimas.

—Nada sé... También se burlaron de tí... Dijeron que eras un político fracasado...

¡Fracasado! ¡Un político fracasado! ¡Él, el doctor Romanes, indicado para ocupar *el puesto!* ¡Qué blasfemia!

—¡La envidia Manuela! ¡La envidia! ¿Tú la conoces? Es negra y horrorosa; tiene garras como el tigre y escupe veneno. Son voces que propalan por ahí... Me niegan talento y dicen que no sirvo para nada. En *La Política* han escrito un artículo insultándome. Es claro: los acreedores se han enterado, han leido el artículo... ¡Es claro, es claro! Me voy á hablar con mi amigo Montaña. El sabrá quien es el autor...

Corrió á casa de Eulogio, á quien halló sumamente contento. Faltaban sólo quince días para las elecciones y su candidatura iba á salir triunfante.

— Sí; estoy tan seguro de que voy á ser diputado como de que voy á morir. ¿Sabe usted, doctor, lo que consolidó mi triunfo? Un poco el discurso memorable de aquella noche... y mucho mis discursos sucesivos en otras reuniones políticas y mis notables artículos en los diarios. ¡Notables artículos, sí! He puesto en ellos toda mi alma. Dicen que tengo un talento enorme. Comienza para mí una vida nueva. Pero el punto de partida, el movimiento inicial, vale decir todo, se lo debo á usted, doctor, á usted únicamente... ¡Yo haré algo por usted!

Romanes dió un salto.

—¿Tú, a go por mí? ¿Por mí?

¿Sabes tú lo que dices? ¿Sabes tú que hablas con el doctor Romanes, el que te sacó de la nada?

Estaba indignado, furioso.

— ¡Pero doctor! ¿No ha leído usted en los diarios que ha sido usted excluído? ¿Que ningún círculo se adhiere ya á usted? ¿Que el gobierno lo rechaza á usted?

— ¡Excluído! ¡Rechazado!

Estiró el cuello, como si estuviera ahogándose.

— ¡Es mentira! — gritó. — ¡Son los envidiosos los que han escrito eso!

El ensueño no le abandonaba; era demasiado ambicioso.

— ¡Me verán en la cumbre, sí! ¡Me verán en la cumbre aunque ellos no lo quieran!

Volvió á su casa, á consolar á Manuela. La encontró sentada, un poco tranquila ya, cosiendo la

ropa de los chicos. El la dió un gran beso en la frente. ¡Después de todo la quería tanto!

—Estáte tranquila, Manuela. He averiguado todo y todo es mentira. Dentro de un mes ocupo el puesto. ¿Oyes? ¡Dentro de un mes!

Mentía de ese modo; pero eran tan fuertes sus ilusiones que hasta á él le parecía una verdad lo que decía á Manuela. Estaba agarrado atrozmente á la política; no la soltaba ,como el hambriento que tiene en la boca un pedazo de pan. Era su jardin, su tierra de promisión, su cielo. Creía que sin ella se derrumbaría su existencia y su vida sería fría y estéril. ¿Una fuente de riqueza? La política. ¿Un timbre de gloria? La política ¿Una ocupación altamente honrosa? La política. La política lo era todo. Le repetía esto á su mujer cien veces al día; decíale que nada más bello había en el mundo y afirmaba seriamente que *los hombres políticos* eran los genios de la tierra.

Una noche, mientras se desnudaba para acostarse, abrió tremendos ojos, como si quisiera devorarse á Manuela.

—¿Sabes? Me han dicho hoy unos amigos que piensan hacerme sonar...

Temblabo como un criminal y se sacaba despacito los zapatos.

—¿Qué hombre? ¿Qué?

Como si temiese que alguien le oyera acercó sus labios al oído de Manuela y murmuró con una voz demasiado temblorosa:

—¡Como... can... di... da... to á la... presidencia!

Manuela arrojó un suspiro y abrió la boca como para hablar. Pero se contuvo. Había querido con-

tar á Romanes que ese dia uno de sus acreedores vino á ponerle como trapo en su propia casa y á amenazarle con el embargo.

La pobre se acostó, con las palabras dentro de su corazon, que sangraba.

VI

Sentado ante su mesa de estudio, en la hermosa y fresca habitación que daba á la calle, leía Montaña varias tarjetas, en las cuales le felicitaban por su brillante triunfo. Casi todas traían estas palabras: «Señor Diputado doctor Eulogio Montaña». El joven se hallaba satisfecho. Sonreía; arrojaba un grito de gozo al leer cierto nombre querido; poníase puerilmente á contemplar los diversos rasgos de letra; burlábase dulcemente de las faltas de ortografía que iba hallando; hablaba consigo mismo; hacía muecas, silbaba, golpeaba sobre la mesa; reíase, y su vanidad estallaba, así en mil tonterías, enloqueciéndole.

Entraba en la habitación una luz tenue y dorada; el día era hermoso, y el sol incendiaba los edificios. Hallábase el alma de Montaña en inefable estado; ni la más leve sombra entraba en ella. Estaba fresca y luminosa como un manantial encendido por los últimos rayos del sol.

Se levantó de su asiento y comenzó á pasearse. En la calle el bullicio era estruendoso, y á Montaña ese bullicio le sabía en esos momentos á delicada armonia; sabíale también á armonía todo el engranaje de la vida colectiva. Irguióse su frente, brillaron sus ojos y tendiéronse sus brazos en un amplio ademán amoroso. Su programa de trabajo surgió de pronto, allí, sobre lo que él veía,

como escrito en la naturaleza; viviente, palpitante como un ser que le incitara á obrar bien.

— ¡Oh, sí, la vida! — exclamó deslumbrado, colgantes los labios de admiración.

Sí. La vida le llamaba para ofrecérsele como guía. Era un llamado dulce y fuerte á la vez, como el de unos brazos robustos y torpes que saben estrechar con amor, pero lastimando. Todos sus actos llevarían el brillo intenso de la actividad y las palpitaciones de lo que vive; ellos serían engendrados por un latido de su cerebro y por otro de su corazón. Exprimiría su alma entera al engendrarlos, para darles todo el jugo de que ella fuera capaz, tal como un fruto, que para gustarlo, hay que exprimirlo en la boca. Chorrearía de entusiasmo, y su alma sería en los momentos de aridez como una roca de Aarón, tal, que un simple impulso en ella, hiciera brotar espontáneamente un manantial.

Salió á la calle. El sol era fuerte, abrasaba. El suelo quemaba. Eulogio Montaña llegó á la plaza Matriz, y allí se detuvo. El Cabildo aparecía como incendiado. El alma del joven entró en el edificio, buscó un asiento, miró en torno de ella y concentróse en sus ideas. Hablaban multitud de voces, y algo de palpitante flotaba en el ambiente. En mudecieron de pronto las voces y no se oyó el vuelo de una mosca. El alma del joven se irguió, se dilató y reventó en admirables ideas... Todos aplaudiendo frenéticamente.

Se imaginaba así Montaña su iniciación en la Cámara; un ensueño ardiente como el sol le enardecía el alma. Continuó luego caminando; atravesó la plaza Independencia, continuó por la calle 18 de Julio, dobló después hacia la derecha, siguió

por la calle Soriano y se detuvo ante una casa de dos pisos, frente á la cual un frondoso plátano prodigaba encantadora sombra. Miró el número de la casa y subió al instante. Fué hasta el último píso

—¿Está Tito Beltrán?—preguntó á una viejecita que apenas podía andar.

—No sé si estará... Ahí está su cuarto.

Montaña entró en la habitación que le indicara la vieja; á dos pasos de la puerta tropezó con un cuerpo.

—¿Qué haces tirado en el suelo? Pareces un animal... Levántate.

—No, no me levanto. ¡Está tan fresco el suelo! ¿Sabes lo que imagino? Que estoy en un palacio; que en torno mio hay fuentes deliciosas; que cantan los pájaros á mis oídos; que la gloria me besa; que no estoy más en la República Oriental... Bueno, no me pises, que me voy á levantar.

—Pronto, que te doy un puntapié.

—Que mi vida es dulcísima; que mi cerebro crea obras prodigiosas; que la chica me abre los brazos.. ¡Ay!

—¿No te he dicho que te levantes?

Se levantó. Los ojos de Montaña se encontraron con una cara dulce y melancólica, morena y pálida, con ojos negros ardentísimos. El cuerpo era de regular estatura, un poco delgado.

—¿Has escrito mucho, Tito?

—Sí, mucho. ¡Amo tanto las letras!

—¿De tu familia no has sabido nada?

—Hace poco tuve noticias... Me pregunta por mis éxitos literarios. Pero hablemos de tí. ¿Conque eres ya diputado? ¿Tienes algún proyecto ya? Si tu consiguieras cambiar un po-

co esto..... ¿Tienes valor? ¿No temes los ataques? ¿Crees que esto tiene remedio? ¿Crees que se pueda evitar la ruina de este país? ¿Triunfará el arte aquí? ¿Te animarías á presentar un proyecto...?

Montaña le tapó la boca.

—¡Qué de preguntas! ¡Me estás acosando! Por hoy me concreto á decirte que me siento con fuerzas. Trabajaré mucho; lucharé mucho.

—¿Tú tienes una idea, no?

—¿Qué idea?

—¡Vamos! Quiero decir que tu vida ya tiene un objeto.

—Sí, es verdad.

—¿Sabes cuál es mi ensueño?

—Llegar á ser un gran escritor.

—Eso es. Yo escribo páginas hermosas; yo sé sentir; yo sé esculpir mis ideas; ¿Verdad que triunfaré?

—Estoy seguro, Tito.

—¿Sabes que amo mucho, apasionadamente?

—¿A una mujer?

—Sí; á una mujer. Su nombre es dulce; se llama Catita ¡Estoy perdidamente enamorado de ella! Si tú la vieras . Es algo especial: es chiquita, morenita, vivaracha, risueña, un poco locuela y muy afecta á los dulces. Va todos los días á la confitería.

—¡Já, já, já! Tengo deseos de conocerla, Tito. Pero desconfía de esas ardillas...

—No hablemos más de ella. Pues sí; tengo una idea que me parece excelente. Tú eres diputado ¿no? Pues trabaja en la cámara á favor de los escritores nacionales, presentando proyectos que tengan por objeto recabar del gobierno una pro-

tección especial... Tú serias el primero que hicieras algo en tal sentido ¡Y sería tan hermoso hablar del arte en el seno de la cámara! Se habla allí de tantas tonterías... Hay talentos jóvenes que se malogran á causa de la pobreza.

Tito Beltrán hablaba con enternecimiento, mirando á su amigo con ojos llenos de una melancolía inefable. Soñaba para el arte nacional una era dulcísima de grandes alientos; una época de esplendor en que todos los escritores de este país serían mirados como grandes benefactores y llenarían de gloria la pequeña tierra, que ahora no era recordada sino por sus atroces guerras civiles. El estaba lleno de ese dulce optimismo y trabajaba con afán. Había publicado ya dos libros bastante hermosos y preparaba otro de mucho aliento.

— ¡Comprendes? Muchos talentos se malogran aquí y es necesario que se comience á trabajar para preparar la época buena. ¡Sí, la época buena para el arte! Es decir: una época que le sea propicia... ¿Pero te vas ya?

—Sí; estoy apurado, Tito. Nos veremos mañana. ¡Adiós!

Resolvió Montaña visitar á Zoilo que habitaba una magnífica casa en la calle 18 de Julio. Era único hijo, y la fortuna de su padre era cuantiosa. No hacía nada; ni trabajaba ni estudiaba.

Eulogio vió á su amigo en el balcón.

—Sube — le gritó Zoilo. — Acabo de tomarme un vaso de leche porque hace dos dias que no como. Ya tengo para contarte algo de esta maldita enfermedad. Sube; hablaremos de las playas y de otras cosas. Sube, Montaña.

VII

Cuando Montaña regresó á su casa eran ya las diez de la noche. Encontró á su madre leyendo en el comedor un libro de anécdotas.

—¡Ah! ¿Conque así? Comienzas á olvidarte de tu madre. ¡Es claro! Eres diputado; estás metido en la política y te falta tiempo para acordarte de mí. ¿No es cierto? ¿Por qué no viniste á cenar? ¿Cenaste con tu novia?

—Tú sabes que no tengo novia, mamá.

Sentóse junto á ella, curioseó el libro y pasó un brazo por el hermoso cuello de color de nieve. Experimentaba una sensación dulcísima, que daba á su alma una armonía inefable. Se hallaba mejor que cuando sus ansias de lucha le hacían arder el cerebro y enrojecer las mejillas. La viuda comenzó á leer en voz alta; sus palabras claras y sonoras estaban llenas de cálidas vibraciones; leyendo, su boca era más hermosa y un aliento fresco se escapaba de ella con las palabras. Los ojos, caídos y velados por largas y negras pestañas, hacíanse seductores; dos manchas rojas en las mejillas, como si fueran dos rosas aplastadas allí, daban á su rostro un encanto virginal.

Leía dulcemente, y Eulogio la escuchaba arrobado. La anécdota era interesante, pero el asunto se le escapaba á Montaña: el joven no oía más que las palabras cálidas, ni veía más que la hermosura impecable de su madre. De pronto ésta cerró el libro y miró risueña á su hijo.

—¿Sabes quien estuvo á verme?

—¿Quién, mamá?

— ¿A qué no adivinas?

Eulogio quedó un rato pensativo; la madre le miraba y sonreía.

— ¿No aciertas?

— ¿Quién podrá ser? ¿Romanes? ¿Su esposa Manuela? ¿Tito Beltrán? ¿Zoilo? Las señoritas de Martínez? ¿La señora del doctor Barcos?

Doña Eugenia arrojó una carcajada.

— No; es un hombre. ¿Te acuerdas del retrato que está en la sala, en un pequeño marco?

— ¡Ah! ¿Ese gigante? Porque es un hombre alto ¿verdad, mamá?

— El mismo; Teodorico Reginole. Tiene treinta y cinco años; es trigueño y tiene unos ojos muy negros, que parecen de niño. ¡Si vieras tú cómo miran! ¡Una mirada tan dulce, tan infantil! Cuando lo veas, te sorprenderá su estatura; apenas cabrá por esta puerta. Tiene una voz finita, como de niño. Me preguntó mucho por tí; dejó de verte desde que tú cumpliste tres años. Era muy amigo de tu padre. Está muy negro; de lejos parece un carbonero.

— ¿Y qué hace?

— Nada; está rico. Lleva una vida muy excelente y no cree en nada.

— ¿No cree en nada?

— En nada. Recuerdo todavía que me dijo que tú no debías apasionarte mucho porque no serías feliz. Dice que el hombre no se debe apasionar por nada. Me dijo también otras locuras que yo no recuerdo ya.

— Pero qué hombre, mamá! ¡Cómo tendrá su alma! ¿Y dice que es feliz?

— Muy feliz. Después de todo es muy simpático y tiene muy buenos modales.

—Me costará simpatizar con ese hombre, mamá. Dices que no cree en nada y que por ninguna cosa tiene pasión. ¿ Cómo quieres que sea de mi agrado ese hombre?

—Bueno; hablemos de tí. Vamos á ver: ¿qué proyecto piensas presentar en la cámara ? Ya hace noches que trabajas en él.

Montaña se había colocado un poco detrás de su madre, en la penumbra. Cuando hablaba, agitaba con su aliento los delgados cabellos de la hermosa nuca, como un enamorado que se complaciera en tan grata tarea. De vez en cuando llegaba hasta ellos el ronquido de la criada, que dormía. Pocos ruidos venían de la calle, y la noche era de una apacibilidad encantadora. Doña Eugenia vestía un precioso batón, dócil en amoldarse á las bellas formas de sus carnes; adoptaba sobre la silla una majestad que estaba en íntima armonía con su hermosura y recibía en su rostro toda la luz de una artistica lámpara colocada en el centro de la mesa. Estaba augusta, divina; á su lado, la figura de Eulogio se perdía como tragada por tanto esplendor. Sólo la rubia cabeza del jóven, casi inclinada sobre el pecho materno, brillaba victoriosa, como una bola de oro.

Pues, mamá, mi proyecto es grandioso. Creo que mis colegas abrirán la boca de puro admirados. Tiene algo de silvestre. de montaraz; es una manifestación de vida intensísima. Trato con él de conseguir un aumento de energías en la vida de este país, que está un poco enfermo...

—¿Pero qué proyecto es ese?

—Señala muchas medidas, muchísimas, y no podría decírtelas ahora. Pero el objeto ya está dicho. ¡Ah, tú no sabes, mamá! Pienso trabajar

muchísimo, vivir en perpetua lucha, esparcir muchas ideas. Esa es la verdadera vida, mamá. Tú lo verás: me cubriré de gloria y te llenarás de orgullo. ¡Tengo incendiada la cabeza! No te rías; es cierto.

—Antes no te atrevías á nada... eras como un niño... te pasabas á mi lado todo el santo día...

—Sí; y vivía feliz. Pero en la vida hay misiones que cumplir. ¿Crees tú que no hay que luchar si se quiere ver el país en mejores condiciones? Además hay un poco de vanidad por parte mía. Eso de que lo estén aclamando á uno á dos por tres no es por cierto cosa desagradable; y yo, desde luego, me he conquistado la reputación de orador elocuente. ¿Verdad que vale algo mi cabeza?

—Tu cabeza de oro, como diría el doctor Romanes.

—Ya que citas al doctor Romanes, te diré que el pobre se las ve en apuros .. Todos le rechazan; pierde su prestigio. ¡Cómo son los golpes de la política! También en su casa las cosas marchan mal.

—¡Pobre Manuela! Estuvo el otro día aquí y se echó á llorar en mis brazos. Me lo contó todo. ¡No tienen ya nada!

Montaña apoyó el mentón sobre el hombro de su madre y cerró los ojos, transportado de ternura. Pensó en los días que le esperaban; días de luchas y ardores, durante los cuales su alma iba á tener necesidad de una dulce frescura que a calmara. ¿Y por qué esa dulce frescura no sería el regazo materno, como en su infancia? Después de una reñida lucha, vendría él, con las mejillas inflamadas, la cabeza como un horno, el

alma seca como un desierto y los ojos fieros, en busca de su bella madre; se sentaría junto á ella, dejaría caer la cabeza sobre su falda y recobraría nuevamente la frescura ansiada, para combatir otra vez al otro día...

Hombre completo como era, no pudo menos de depositar sobre la frente materna un beso ingenuo.

—Haz cuenta de que soy siempre un niño, chiquito como antes, y no me abandones, mamá. Cuando me veas orgulloso entre las multitudes, piensa que al rato yo te buscaré como el animal sediento busca el agua. ¿Comprendes? Necesitaré mucho de tí, mucho.

Habló como un niño, estirando el cuello, balbuceando las palabras, un poco avergonzado. Con el mentón apoyado siempre sobre el hombro materno, abríanse sus labios como si estuviera bebiendo agua y humedecíanse sus ojos como si toda la ternura de su alma los anegara.

- ¡Ah, cómo te necesitaré desde hoy en adelante, mamá! ¿No sabes que cuando un hombre se arroja á proclamar grandes cosas necesita de un cariño inagotable en ciertos momentos? Me haré de muchos enemigos, que me censurarán, me maldecirán y me apedrearán. Tendré el alma siempre revuelta y el cerebro candente. Pero cuando llegue á tí, cuando toque tu frente, cuando te bese, el cielo se me abrirá y recobraré de nuevo las fuerzas.

Abrió los brazos y la estrechó fuertemente, loco, desfallecido.

—Esto te hará reir ¿verdad? ¡Ya soy un hombre de veinte y seis años! ¡Ah, pero me conservo niño respecto á tí! No he perdido los mimos,

mamá. ¿Es una debilidad por parte mía? ¡Pero te quiero tanto!

Durmió esa noche como un niño, soñando que se trepaba á la falda de su madre para chupar un poco de licor que había en los labios de ella.

VIII

Pasábase entonces en Montevideo por un período de calma, fresco aún el recuerdo de sangrienta revolución. Un dulce reposo calmaba los ardores, y aunque algunos hicieran ostentación de conservar odios, en el fondo todos abrigaban un sentimiento de confraternidad. Era ya tiempo. El pasado se esfumaba; causaba náuseas retroceder con el recuerdo. Pudiera invocarse como causa de ello la saciedad: lo que sería horrible. — «Sí — podrían decir algunos — se han saciado ya de sangre, y por eso les repugnan las visiones de la guerra y quieren olvidarlo todo. Pero cuando el deseo los vuelva á llamar volverán como fieras hambrientas.»

¿Y por qué no citar como causas el hermoso convencimiento de que así no se podía vivir y el divino despertar de la confraternidad? Montevideo surgía nuevamente á la vida alegre; las almas se expansionaban. Había heroicos creyentes que afirmaban con la fe más santa del mundo que la tranquilidad jamás sería perturbada. Esto era bueno. Además los creyentes se multiplicaban.

¿Qué llegaría á suceder cuando todos ó casi todos los del país lo fueran? Entonces todos los ojos sonreirían; nadie esperaria más al monstruo y los brazos estarían firmes en el trabajo. Tal

creencia, hermosa en gran manera, barrería todo lo malo. —¿No tomas el arma? —preguntaría el uno al otro. — No; porque creo que no habrá nada. —¿Y tú? —¡Tampoco! No creo que haya nada. — ¿Y tú? — Tampoco. — Se oirían los miles estremecimientos de la tierra fecundada por el trabajo. Las manos que derraman las semillas, no harían caso; serían dulces mariposas que irían revoloteando, bebiendo luz y apartando las sombras.

La osadía del proyecto de Eulogio Montaña desconcertó á la mayor parte de sus colegas. No era una locura su proyecto. Revelaba un perfecto equilibrio moral é intelectual en su autor; un espíritu totalmente sano que se prendía fuertemente á la vida y la sentía en toda su amplitud é intensidad. Pero aspiraba á mucho, era demasiado intenso; y la savia que fluía de él, podría emborrachar á un país joven, como es el nuestro.

Pocas palabras de aliento encontró el proyecto; abrumaba su magnitud, y no titubearon casi todos los legisladores en rechazarlo. Montaña se indignó de tal rechazo, que él calificaba de cobardía; escribió en un diario un violento artículo contra sus colegas y trató de demostrar lo fácil que sería llevar á la práctica las ideas de su proyecto. Estaba exasperado; y en la confitería, reunidos él, el doctor Romanes y los tres aspirantes á la diputación, que no triunfaron, amenazó con los puños cerrados á sus colegas, algunos de los cuales se hallaban por ahí, comiendo dulces.

—¡Brutos, cobardes! ¿Qué entendéis por progreso? ¡No sois dignos de ocupar el puesto que tenéis!

Desordenábanse sus rubios cabellos y erguía su cabeza como la yergue una víbora.

— Cálmate, Montaña, cálmate — le decía Romanes. — Es preciso ser un poco más práctico. Ten entendido que tú comienzas... La juventud es ardorosa, es muy ardorosa.

Pero él no se calmaba. Exponía apasionadamente su proyecto; enumeraba sus ventajas; trazaba un porvenir risueño para el país, y se le iba toda el alma con las palabras.

— Pero tiene muchos inconvenientes tu proyecto, Eulogio — respondía Romanes. — En primer lugar, nuestro país es muy joven; por consiguiente, es menester ir poco á poco, paulatinamente, sin violencias...

—Sí, sí; son muy lindas esas palabras.

—Y encierran mucho, amigo Montaña.

—Sin embargo, no veo que usted sea tan moderado...

Era una cruel alusión á los despilfarros políticos del doctor Romanes, que día á día se encontraba más abandonado. No fueron más allá, sin embargo, y bebieron juntos una copa de champagne Hablaron dulcemente y se alabaron con efusión. Romanes dió consejos que á Eulogio le parecieron excelentes; planteó un proyecto, *para cuando ocupara* EL *puesto*, que dejó al joven con la boca abierta, y revelóse un espíritu amplio, muy del agrado del nuevo legislador. Luego Montaña le expuso las ideas de su segundo proyecto, que debían redactar él y Tito Beltrán.

—Se trata con ese proyecto — acabó — de proteger el incipiente arte nacional.

—¡ Chifladuras ! — respondió Romanes mirando al joven con un poco de lástima.

—¿Qué dice usted? ¿Me trata usted de loco? ¿Insulta usted al arte? ¿Es enemigo usted de las cosas nobles? ¡Chifladuras! Chifladuras tiene usted, que no hace más que hablar de ese bendito puesto que nunca llega.

Volvió á enojarse, poniendo en ridículo á su amigo. Después se quejó amargamente.

—¡Ah, qué poco se lucha aquí por las grandes cosas! ¡Hay tanto bueno para hacer! ¿No sería digno de envidia el estado de este país si los hombres de aptitudes tuvieran la laboriosidad de la hormiga? ¡Se me critica porque mi espíritu bulle en la actividad! ¿Entonces es mejor cruzarse de brazos? ¡Ah, qué de amarguras me esperan, qué de amarguras! ¡Cómo voy á necesitar de mi madre!

Estrujó con los dedos sus hermosos cabellos y suspiró largamente. Miró un rato á Romanes, con espantosa fijeza, y largó como una baba:

—Usted es un político vividor, nada más. Usted no sirve para nada y el día menos pensado...

Se puso en pie.

—No me mire más á la cara ¿oye? Desde hoy en adelante seremos enemigos ¿oye?

Abandonó rápidamente la confitería, dejando perplejo al otro. Los tres aspirantes se acercaron á Romanes para averiguar lo que había pasado.

—Nada — respondió el político. — Ese Montaña es un joven demasiado ardoroso; pierde la cabeza á cada momento. Concluirá mal, no hay duda, concluirá mal.

Salieron los cuatro á la puerta y vieron á Eulogio, que gesticulaba junto á un señor anciano, levantando los brazos, moviendo á todos lados

la cabeza y pegando furiosamente con el pié en el suelo.

—¿Lo ven ustedes? Está hecho una furia el rubio. ¡Ha tomado á lo serio la política!

Y Romanes arrojó una carcajada estrepitosa, que se prolongó...

IX

Tito Beltrán encendió un cabo de vela, puso el candelero sobre la mesa, miró con ojos dulcemente interrogadores á sus libros y abrió luego una carta, que leyó:

« Tito:

« Yo he soñado mucho desde chica. Ahora sue-
« ño más que antes. Cuando estoy cocinando—
« porque soy yo quien preparo la comida en casa
« —sueño: desgarro un pescado entre mis ma-
« nos, contemplo sus hermosas escamas y ya mi
« cabeza se enloquece. Entonces me figuro andar
« en el mar, muy bien vestida y á tu lado, llena
« de comodidades, contemplando los hermosos
« cuadros de la naturaleza, refrescada por la bri-
« sa y metidas mis manos entre las tuyas...
« Pongo los trozos del pescado en la sartén, y el
« ruido que hacen al freirse, yo lo transformo en
« un ruido dulce y embriagador, por ejemplo: el
« que producen las olas cuando chocan blanda-
« mente en la orilla. Estoy cosiendo y mi alma
« está en otro lado. Por eso me pincho muchas
« veces el dedo con la aguja. Me hago sangre,
« Tito, mucha sangre. Ayer tuve que atarme el
« dedo, y por la noche ví el trapito rojo de san-
« gre. Cuando sacudo los muebles mi cabeza se
« pone insoportable. ¡Qué cosa atroz! ¿Sabes?

« Me parece que ando derribando á todos á mi « paso y que todos los obstáculos que puedan « oponerse á mi vida, yo los derribo como si fue- « ran montoncitos de arena. Soy una loca, pues; « mi alma no está nunca en casa, que es por cier- « to una casa muy triste y muy pobre. Anda « hablando por felices regiones contigo ó con los « pájaros y las flores, ó con criados que llevan la « cola de mi vestido. Mis hermanas no son así y « se burlan de mí. ¿Haré mal en soñar así, Tito? « ¿Será un pecado? Dios no quiere que una sea « ambiciosa. ¿Pero qué culpa tengo yo, si nací « soñadora? Además me alegro mucho de serlo « porque á mi Tito le agrada. ¿No es verdad, « Tito? ¡Tú también sueñas y de qué manera!

« Quiero ser rica, Tito. ¿Te disgusta eso? Una « noche soñé, dormida, que un hombre muy rico « me pedía la mano, y yo se la daba, contenta « como si estuviera viendo á Dios. No podía saber « quien era el hombre rico; pero ya despierta, « supuse que debías de ser tú...

« Yo quisiera escribirte una carta muy larga, « muy larga. ¡Tengo tantas cosas dentro de mi « corazón! Esas cosas arañan mi corazón como « si fueran perritos locos. A veces me alboroto y « me peleo con mis hermanas. ¡Ah, notable fué la « pelea del otro día con Isabel! — Tú te distraes « un poco, Catita — me dijo ella. — Mejor — le « contesté. — Pues no debías distraerte. — Me dis- « traigo porque tengo un alma más linda que la « de ustedes — le dije. Isabel se echó á reir y yo « la abofeteé. Vinieron las otras y se pusieron á « su favor. Yo entonces me encerré en la cocina « y lloré como una cenicienta.

« ¿Me permites concluir aquí, dulce Tito, tor-
« mento mío?
« Tu

Catita.

Estaba escrita la carta con una letra pequeñita, casi indescifrable, que no parecía de mujer. El papel era suavísimo y de color rosa. Tito se complacía en deslizarlo entre sus dedos, y lo llevaba á la boca como se lleva una flor cuyo perfume embriaga. Lo examinaba, lo palpaba, dábale mil vueltas, doblábalo mucho hasta hacer de él un cuadradito, y volvía á abrirlo con precipitación. Puso después una cara triste.

—Nada, nada — murmuró. — Están sequitas y no hay el más pequeño borrón. ¡No ha dejado caer una sola gotita de sus ojos en el papel! Sí, sí. Ha escrito la carta como si estuviera jugando con un juguete ó como si estuviera comiéndose un dulce ó como si estuviera cortándose las uñas... Esa cabecita me tiene preocupado. ¿Me ama ó no me ama?

Recordó los actos de Catita. Veíala entre sus hermanas, tres señoritas graves, que la reprendían sin cesar por sus ligerezas. Volaba como una paloma entre sus hermanas; su almita era temblorosa y despreciaba la gravedad de los rostros. Jugaba con el gato de la casa como una chiquilla; golosa, se compraba dulces y se atoraba con ellos, saliendo á la calle muchas veces sólo con ese objeto, ligera, retozona. No le duraban mucho tiempo los vestidos, pues se los rompía á dos por tres. Era hacendosa, pero los quehaceres domésticos sumergían á su espíritu en locos ensueños. Con el canarito entablaba interminables diálogos; y cuando quedaba sola en la casa, descolgaba la

jaula, se metía en su cuarto, cerraba bien las puertas y soltaba la avecilla. Le gustaba andar por su casa con el pelo suelto, y en los dias de lluvia chapoteaba en el patio. Cuando se enfadaba con sus hermanas lloraba copiosamente; era un llanto interminable, que parecía quitarle la alegría para siempre Tenía veinte años. Era morenita, de carita redonda, no muy linda, pero muy graciosa; un poco delgada y de regular estatura.

La primera vez que habló con él se quejó de que en la casa estaba como prisionera.

—A veces quiero correr mucho —le había dicho —¡pero el patio es tan chico! Por eso, cuando voy á la confitería me aprovecho.

Cuando supo que él escribía, se enfadó mucho, por no habérselo dicho el primer día en que hablaron. Gustábanle los escritores, y tenía algunos libros. El le pidió prestado uno; ella le mandó su autor favorito con una carta en que le pedia disculpa por algunas manchas de grasa... «Lo leo mientras estoy cocinando» El también le prestó muchos de los suyos, y todos quedaron señalados con una mancha de grasa, lo cual aumentó su valor ante los ojos del dueño. En una hora hablaba con él de infinidad de cosas y disparataba mucho. El la adoraba entrañablemente. Una noche le pidió á ella que le hablara seriamente y le dijera si lo quería ó no. Ella chilló de rabia.

— Pero, Catita, á un enamorado le es lícito preguntar eso á la mujer á quien ama.

—Debería, en castigo,—dijo ella colérica— decirte que no. Para castigarte ¿entiendes? ¡Te prohibo que me preguntes más de eso!

Hablaban de sus ambiciones. Ella soñaba mucho; tardaba mucho en dormirse porque tenía

sobre sus ojos visiones enloquecedoras. Dormía con una de sus hermanas y era fastidiosa en sus desvelos. — ¿Pero no te duermes, Catita? — ¡No puedo, no puedo! Encendía luz y abría tremendos ojos.

El oía todas esas cosas con la boca abierta, prendado cada vez más de esa almita loca, soñadora y superficial. Ella no sentía penas grandes; lloraba á veces de rabia ó por no poder satisfacer un gusto. Si la dejaran sola ella sería feliz como un pájaro.

Hablaba tanto, que se le secaba la boca.

—¿Tú tienes ideas serias?—le preguntó él un día.

— No sé qué es eso de ideas serias — respondió ella.

— Por ejemplo: ¿tú crees en algunas cosas?

— ¿En aparecidos, por ejemplo?

— No, tonta. ¿Crees en el amor, en la virtud en la bondad?

— ¡El amor eres tú! — exclamó ella románticamente.

Después se rió locamente, un rato largo.

— ¿De qué te ríes?

— Leí esas palabras en un libro. El le dice á ella: « El amor eres tú, Juan! » ¿Verdad que es bonito eso? ¡Me gustó mucho! Por eso te acabo de decir eso mismo.

El se quedó sumamente desconcertado. ¿Entonces esa frase no había salido del fondo de su alma?

— No me hables así —le dijo. — No quiero que me hables así, porque me parece que te burlas de mí.

— ¿Burlarme yo de tí, Tito?

Se puso á llorar. El la besaba con locura. La calle estaba silenciosa; una luna redonda miraba con tristeza á la tierra.

—¡No llores, Catita, no llores!

Se oyeron pasos. Catita levantó la cara y dejó de sollozar.

—Son mis hermanas que vienen—dijo secándose las lágrimas.

Tales cosas recordaba Tito Beltrán en su habitación, mientras el papel rosado permanecía extendido sobre la mesa. Tito lo tocó nuevamente y parecióle que tocaba el corazón de Catita, pequeño, juguetón, travieso, tierno, alegre, variable, como una avecilla loca que volara sin cesar trazando círculos. No obstante su espíritu de observación, él no podía conocerla. ¿Cómo era ella? ¿Sería capaz de amar seriamente? Púsose nuevamente á leer la carta, y durante la lectura creyó sentir el alma de Catita hablándole al oído, transformada en una mariposilla sumamente inquieta. Como le picara la oreja, se la azotó con la mano, imaginándose transformar en polvo la inquieta mariposilla...

—Bueno, dejemos un poco esto y continuemos el libro -- murmuró.

Púsose á la obra. El libro en preparación debía titularse *Las almas temblorosas*. Sería un libro por cuyas páginas desfilaría una serie de almas, que nacidas en este mundo, vivían como en un destierro; llenas de ansias; dulces unas, tristes otras, inquietas, trágicas, heroicas, enfermas de ansias imposibles; almas que iban latiendo por el mundo como avecillas encerradas en jaulas; almas que devoradas por la sed, nunca encontraban un manantial de agua fresca donde abrevar;

lloraban sin cesar y sus lágrimas pasaban desapercibidas; vivían aisladas é imploraban compañía. Era una fila trágica y muda de condenados inocentes, dignos de vivir en un mundo mejor que éste. ¿Por qué llegaron á la tierra? ¿No había otro mundo que pudiera contenerlas? Aquí el autor se revelaba un místico singular; su cabeza volaba locamente; era un loco. Llegaban esas almas, una por una, hasta su boca, dábanle un beso y narrábanle luego al oído con voz muy dulce la historia de sus ansias. Ansias dulces eran unas: el ansia de un beso, de un amor, de ser bueno, de ser virtuoso, de consagrarse á su dios; ansias heroicas eran otras: el ansia de luchar, de ser glorioso, de defender á la patria, de morir noblemente; ansias inauditas, inconfesables eran las demás, las cuales turbaban al confidente, que callaba y no las llevaba al papel...

Tito Beltrán escribió muchas cuartillas esa noche; casi no durmió. En la cama pensó en el proyecto que iba á redactar para que lo presentara el diputado Eulogio Montaña. ¿Cuál era el asunto de su proyecto? Sencillamente: se trataba de pedir al gobierno protección para los escritores en un país donde muchos talentos se malograban. De esa manera se daría á las letras un impulso magnífico, y un bello renacimiento traería esplendor á la pequeña tierra uruguaya. Tito cifraba su dicha futura en ese proyecto; tremendo ensueño de gloria le revolvía el alma. El sería un genio, sí. ¿Por qué no? Estaba convencido de ello y tenía una fe heroica. Tendida la mano..... Le faltaba sostén, nada más que sostén.

Durmió sólo tres horas, y á las diez de la mañana fué á llamar á la puerta de Eulogio Montaña,

que apareció ya vestido como para salir á la calle. Estaba pálido y su mirada era un poco febril. Tenía los labios secos y descoloridos, un poco rajados. Se tomaron del brazo tiernamente y se dirigieron al centro de la ciudad.

—¡Estoy lleno de rabia, Tito!

—¿Qué te pasa?

—¿No ves la guerra que me están haciendo?

La mañana era dulcísima. Mujeres frescas y encantadoras iban por la calle rápidamente; los vendedores de diarios daban á sus voces una dulzura como de cántico, que entraba en el alma; la plaza Independencia estaba inundada de un sol magnífico, y un palacio á medio construir detuvo, con su delicioso aspecto, á los dos amigos, que no se soltaban del brazo.

—Esto es bello. ¿Verdad, Eulogio? Olvida tu cólera y admira esto.

Quedaron un rato allí, con los ojos bien abiertos y llena el alma de la embriaguez de lo bello. Arriba, á una altura vertiginosa, había hombres que superponían los ladrillos, llenas de sol las espaldas.

—¡Ah, cómo siento yo lo bello, Eulogio!

Y Tito abría la boca para llenarse de la luz de la mañana, como un hambriento.

—¿Te animarás á presentar el proyecto?

Entonces el rubio, el joven de la cabeza de oro, se llenó también de las cosas bellas, y abriendo desmesuradamente los ojos, como si su alma se escapara por ellos, mientras un suave viento jugueteaba con los hilos de oro de su cabeza, habló así:

—Comienza á redactarlo, que muy pronto lo presentaré. Lo defenderé con toda mi alma y ha-

blaré de la dulce Grecia, donde lo bello palpitaba divinamente... Retrocederé á aquellas épocas en que príncipes y papas dispensaban protección á los escritores y artistas... Diré lo que será esta tierra cuando en ella las letras triunfen, y hasta me atreveré á decir que el alma de la divina Atenas descenderá á ella. Citaré tu nombre, Tito, y hablaré de tu bello libro. Dentro del recinto legislativo palpitará ese día algo que nunca ha palpitado; en vez de estúpidas discusiones políticas, el dulce nombre de lo bello estará suspenso en todos los labios; una onda de ternura suavizará las almas y todos mis colegas se admirarán del proyecto. Yo me presentaré reclamando un poco de idealismo con la misma ansia con que un sediento exige un poco de agua. ¡El alma de Atenas estará toda entera dentro de mí!

—¡Bravo, Eulogio, bravo!—palmoteó Tito, sumamente gozoso.

Los dos inclinaron la cabeza, suavemente turbados, arrebatados del vulgarismo de la vida. El sol los llenaba de luz y el viento de la mañana besaba sus cabellos. Tocaron las campanas de la catedral, y fué como un cántico de alegría. Los fieles comenzaban á salir de la iglesia; aumentaba la alegría de las calles.

—Te dejo, Tito; voy en busca de mi madre, que sale de la iglesia. ¡Adios!

X

A eso de las ocho de la mañana, estando todavía en cama, recibió el doctor Romanes de manos de su esposa el diario *La Política.*

—Toma, Julio. Hay un artículo que habla de

tí, firmado por Eulogio Montaña. ¡Ah, Dios mío cómo te pone! No he podido leerlo todo.

Y Manuela sollozó, sentándose sobre la cama. Romanes abrió tremendos ojos, estupefacto; incorporóse en la cama, extendió los brazos y los dejó caer contra su cuerpo.

—¿Pero es posible, Manuela? Ese jovenzuelo á quien yo he sacado de la nada... ¿Pero es posible?

Tenía el diario en las manos y no se animaba á desdoblarlo. Manuela sollozaba á sus pies, calladamente.

—¿Quieres leerlo tú, Manuela? Yo no puedo; estoy indignado. Yo voy á matar á ese joven. ¿Quieres leerlo en voz alta?

—¡Ah, no!—suplicó ella—¡Te dices cosas tan duras, tan duras! Dices que no tienes ya con qué comer y robas á todo el mundo... ¡Pobre Julio mío!

Se abalanzó sobre Romanes y cubrió su cabeza de besos.

—¿Por qué no abandonas estas cosas, Julio! Así no se puede ser dichoso. Nos iremos á vivir á otra parte; yo trabajaré como una criada. ¿Quieres?

—¿Estás loca? ¿No sabes que me tienen reservado un alto puesto? Viviremos en un palacio, Manuela. ¡Te lo juro! Y aplastaré la cabeza de ese muchacho como si fuera una víbora.

Pero ella sacudió la cabeza desesperadamente.

—¡Cómo te envenena la política, Julio! Olvidas que la miseria nos tiene acogotados. Si yo te dijera que apenas tenemos algunos reales... ¡Pero no leas ese artículo, no lo leas! Es horrible!

Romanes fijó los ojos en el techo, con una mirada extraviada, y permaneció inmóvil como un cadáver. Las lágrimas de su dulce esposa caían sobre su rostro, caldeándolo, y una consiguió meterse en la boca.

—¡Ah, no! — balbuceó él, incorporándose — No puedo dejarte llorar así. Tú no crees en mí, Manuela; tú no tienes fe en mis aptitudes, en mi talento. Tú eres también mi enemiga.

Desdobló el diario furiosamente, lo acercó bien á los ojos y comenzó á leer en voz alta, ronca y colérica:

«Es un político fracasado y nadie le hace caso «ya. ¿Conocen ustedes al doctor Julio Romanes, «el de los bigotes negros y tiesos? Pues es un po«bre hombre que sueña con un puesto político. «A su casa llaman continuamente los... ¿Está «el doctor Romanes? — Pase otro día; el señor «ha ido á casa del presidente. — Y con estas pa«labras desarman á las infelices víctimas de la «haraganería de un politicastro. Pero no es eso «sólo: el señor Romanes está metido en negocios «que ensucian las manos, lo cual le es necesario «para no morirse de hambre. Es además un co«rruptor de conciencias, un...

—¡Por Dios, Julio, no sigas! ¡No seas cruel! ¡Mira que sufro mucho!

La pobre mujer quería arrebatarle el diario de las manos, pero él escondía el brazo, le pedía que estuviese quieta y blasfemaba como un demonio. Se produjo una lucha dolorosa; Romanes se irguió en la cama y obligó á su mujer á que abandonara el cuarto. Manuela se retiró traspasada de dolor y fué á llorar al cuarto de sus hijos.

—¡Tonta! ¡Tonta! — gritaba Romanes. — Ha-

ces caso de los chismes de ese jovenzuelo. ¿No sebes que me tienen envidia? ¡Eres una imbécil!

Él continuó leyendo el artículo, riéndose como un loco y agitando las piernas en la cama. No podía más de risa. Pero después, terminada la lectura, al cabo de un rato, se estiró bien en la cama, se tapó hasta el mentón, ladeó la cara y comenzó á llorar como un niño.

—¡Esto y encima la miseria! No tengo más que unos reales... ¡Ya nadie me fía! Manuelita, Manuelito mía, angel mío!

Lloraba copiosamente sobre la almohada, empapándola, y sentía que los ensueños volaban de su alma. Mientras estaba sufriendo así, posóse sobre sus ojos una visión muy dulce, entróle en el cerebro un recuerdo lejano y su alma vibró. Retrocedió á los años de su infancia, cuando él estaba aún con sus padres en el campo, un campo fértil y risueño; veía á su padre, un robusto labrador, trabajar todo el día con el arado, la frente cubierta de sudor y las espaldas abrasadas por el sol. El nunca había querido ensuciarse las manos con los terrones de tierra, lo que le valía serios reproches del padre. No pensaba más que en la capital, y era de una ambición precoz. Comprendiendo que una carrera le abriría casi todas las puertas, manifestó á sus padres el ardiente deseo que tenía de seguir la de derecho; y muy pronto consiguió le dejaran ir á Montevideo, donde, si bien no tenía grandes dotes intelectuales, consiguió hacer la carrera *de un tirón*, arrojándose luego á la política con toda la osadía que pudo prestarle su ambición.

Ahora se presentaban á sus ojos, dulces como nunca, las manos paternas tan ansiosas de abrir

surcos; y esa visión le remordía, echándole en cara los estériles día de una política poco noble. Complacíase, para calmarse un poco, en figurarse un chiquitín escondido entre la hierba, al rayo del sol, mirando trabajar á su padre. Oía los sollozos de Manuela y mordiendo la sábana pronunciaba el nombre de su esposa y le pedía perdón. ¡Ah; qué días le esperaban! Veía una enorme araña negra, que le atisbaba, como si estuviera bajo la influencia de ciertas sustancias; huían de su alma las dulces visiones y otras horribles las reemplazaban. El diario que contenía el atroz artículo, se transformaba á sus ojos en un monstruo que le comía el corazón; y hubo un momento en que se imaginó estar muerto, cerrando los ojos, comprimiendo el aliento, para no ver ni sentir nada. Pero le atormentó de pronto otra visión horrible: vió á Montaña con una cabeza enorme y larguísimos cabellos rubios—¡la cabeza de oro!—que se transformaban en serpientes, en infinidad de serpientes dispuestas á arrojarse sobre él...

XI

Varios días emplearon Tito y Eulogio en redactar el hermoso y original proyecto. Pusieron toda el alma en él; el discurso de presentación, obra de Beltrán, era una pieza literaria verdaderamente admirable. Concluído el proyecto encerráronse los dos amigos una noche, y Montaña, por vía de ensayo, leyó el discurso, que resultó espléndido. Tito, que era el autor, se admiró de veras.

—¡Pero si tengo talento!—exclamó ingenuamente. -¡Ah! Este discurso, en otra tierra más dulce que ésta, levantaría mi nombre hasta las

nubes. ¿Por qué no encuentro el premio á mis afanes? Haz que triunfe el proyecto, Eulogio, porque de ello depende mi gloria. Lee otra vez el discurso.

Eulogio lo complació, y leyó el discurso con más vehemencia, si cabe, que la primera vez. Tito lloraba de placer. Precedió á la presentación del proyecto un discurso osado que pronunció Montaña con motivo de una manifestación. El discurso era vibrante y cayó como una bomba. Dijo que ya era tiempo de pensar en el país, el cual se iba á la ruina sino se trataba de regenerarlo, destruyendo las mentiras, vilezas y cobardías. Dijo que si era menester destruir para regenerar, se destruyera; que si era menester el fuego para quemar la hierba mala, se prendiera fuego. ¡No más cobardías! La tierra uruguaya iba á ser de los espíritus osados. Manifestó que él, hasta entonces, había sido un tímido é indigno de ocupar un puesto en la cámara; pero que sus electores debían confiar ahora en él, puesto que su alma estaba ansiosa de luchas y cálida como un abrasador desierto. Sus palabras serían chispas, y sus actos puñales que se hundirían en todas las false dades.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva Eulogio Montañaaa! — le interrumpieron mil voces.

¡Se le vivaba! ¡Se le aclamaba! Estaba ebrio de triunfo; tenía el alma enardecida, y continuó hablando impetuosamente, brillantísimos los ojos, amplios y enérgicos los ademanes. Abrió los brazos, como queriendo estrechar entre ellos á Montevideo, y dirigió á la ciudad una invocación dulce, que calmó un poco la excitación producida por sus ideas osadas. El día era soberbio; el sol

dominaba desde un trono de azul puro; chispeaban los edificios, tremolaban las banderas y los balcones se llenaban de gente. Desde lo alto caían flores sobre la cabeza del orador; una lluvia de flores que iba cubriendo la tribuna, llenaba el aire de perfumes y convertía todo en un mar de pétalos. Levantó los ojos Montaña y vió una nube blanca que corría; entonces dejó que su alma volara atrevidamente, y desplegó ante la multitud atónita un mundo de dichas, que arrancó lágrimas de ternura. Estallaron frenéticamente los aplausos y el nombre del orador palpitó nuevamente en todos los labios.

Vuelto á su casa, hallóse en los brazos de su madre, que le abrazaba y besaba locamente.

— Te he oído... Yo estaba confundida entre la multitud... ¡Me pareciste un dios! ¡Lloraba de placer!

Tito Beltrán entró inmediatamente y no soltó á su amigo sino después de haberlo sofocado. Entró también Zoilo, para manifestar su asombro y preguntar al joven diputado si estaba mal de la cabeza.

— ¡Qué locos son estos muchachos! — exclamó entre serio y risueño.

Ninguno de los colegas de la cámara vino á felicitarle, lo cual le disgustó mucho. Habló un rato con Beltrán acerca del hermoso proyecto, que sería presentado en la próxima sesión. Quedaron solos los dos en la sala; Montaña encontró á su amigo un poco triste.

— ¿Qué te pasa?

— ¡El amor, Eulogio! El amor me tiene así. ¡Yo no sé qué pensar de Catita! Es tan ligera, es tan

locuela, tiene tan poca seriedad... que yo no confío en su amor.

Comenzó á lagrimear.

—¡No llores, tonto!

Asomáronse al balcón, y Beltrán arrojó un grito al instante:

—¡Ahí viene, ahi víene!

—¿Quién, hombre?

—¡Ella! ¡Catita! ¿No la ves? Mira como corre. Va á la confitería, es muy golosa.

Pasaba por la acera de enfrente una mujercita delgada, morocha y viva, que casi corría; lucía un pequeño sombrero de paja y un vestido adornado con multitud de cintas. La vieron entrar en una confitería, de donde salió con un atadito. Iba comiendo, mascando como un ratoncito y sonriendo dulcemente.

Montaña arrojó una carcajada.

—¡Pero si es un conejito, un ratoncito tu Catita! Parece poco seria ¿verdad?

—¡Ah, si yo estuviera seguro de su amor, la querría tal como es! Porque así como es, es encantadora.

—¡Es una palomita!

— Cuando anda por la calle parece que vuela.

—Tiene alitas. ¿Por qué no se las cortas tú? ¡Se te va á escapar!

— No bromees, Eulogio. ¡La quiero tanto!

—Deja eso y hablemos de nuestro proyecto.

—No puedo. Catita vale más para mí que todas las literaturas habidas y por haber. ¡Oh, mi dulce Catita! Tú no comprendes esto porque no tienes novia.

Perdieron de vista á Catita. Comenzaba á os-

curecer, y Beltrán continuaba triste, apoyado sobre la barandilla del balcón.

—¡Tú tienes el alma enferma, Tito!

—¿Enferma? ¡Qué sabes! ¡Porque se ama y se está lleno de aspiraciones, se tiene el alma enferma! Los de espíritu sano son los que no sienten los escorzores de la vida intensa... ¿verdad? Porque amo á Catita soy un enfermo ¿verdad? ¿Qué mundo es éste? ¿Luego es insano aspirar, amar, embriagarse de ensueños? ¡Eulogio, Eulogio! ¿Así hablas tú? ¿No recuerdas que hace un momento tu alma voló osada? ¿No recuerdas tus palabras? Yo te ví: tu frente volaba. No me lo niegues. Tú no estabas en la tierra; estabas muy arriba. No lo niegues.

—¡Cálmate, Tito, cálmate! Ten en cuenta que te conquistarás un nombre glorioso en las letras.

—¿Qué me importa eso, si Catita no me quiere? Si ella me exigiese que rompiera la pluma, la rompería.

—¿Un apasionado como tú por las letras?

—Sí. ¿No sabes que el amor es lo más divino? Tal vez sea lo único que valga en este mundo; y creo que el mundo será feliz cuando todos amen y sean amados. Nada más.

Doña Eugenia apareció en el balcón, diciendo que la cena estaba pronta. En la mesa Tito se tranquilizó, y habló con gusto del proyecto. Sonreían dulcemente los tres; brillaba en las copas un vino exquisito, y la atmósfera del comedor era gratísima. La viuda escuchaba con arrobamiento á su hijo. Su hermosa cabeza aprobaba todo lo que él decía. No había concluído de cenar todavía, cuando entró Teodorico Reginole. Era un hombre muy alto, dulce en sus maneras y de ros-

tro moreno simpático. Sus ojos tenían mirada de niño ingenuo, y el acento de su voz cautivaba. Era escéptico; pero su escepticismo era tan suave, tan delicado, que no descorazonaba. El gigante no creía en nada, pero todo le deleitaba. Llamábale la atención la cosa más insignificante; abría desmesuradamente los ojos en presencia del incidente más vulgar, como un niño á quien todo asombra. Era tan grande la ternura de su alma, que casi desaparecía su escepticismo, vencido por ella. No quería meditar en nada; no le preocupaban los problemas de la vida y apenas si su alma se encontraba con la superficie de las cosas. Huía del dolor siempre que podía. ¿Para qué llenar de amarguras el alma? Su existencia era plácida como la de un niño.

El gigante se sentó en un rincón, sonriendo dulcemente, llenos de suavidad los ojos.

—Ha estado usted muy bien, Eulogio—dijo con voz reposada. Pero yo opino que no debe uno preocuparse de esas cosas. ¿Para qué?

Sirviéronle una taza de té, y á cada sorbo se fué animando su fibra escéptica.

—Sí; si algún cambio tiene que verificarse, se verificará por si solo. Entre tanto, hay que vivir sin violentarse. La vida debe ser una eterna despreocupación. No hay que entusiasmarse por nada; cada uno debe marchar serenamente...

Encendió un habano, y á la luz del fósforo distinguióse su dulce cara, llena de una tranquilidad pasmosa.

XI

Montaña se lanzó resueltamente á la lucha. Convirtióse en fogoso y osado orador, vibrante de entusiasmo, cálido y abrasador como un viento del desierto, con más de Isaías que de Jeremías ; sólo dulce cuando la ternura de su corazón se asomaba un poco, como flor que se deja ver entre serpientes. Su vida se había desbordado; su alma ya no estaba en él solamente sino en todas las cosas. Todo le arrebataba, y él se dejaba llevar locamente por sus aspiraciones demasiado intensas; no exigía al desbocado caballo que se detuviera un momento, sino que lo fustigaba cada vez más. Se extraviaba; las cosas íntimas no le preocupaban ya; estaba ausente del hogar con frecuencia; las dulces serenidades de la vida volaron de su alma como golondrinas que van en busca de un poco de calor. No tenía un momento de reposo; su actividad era asombrosa. Comía atropelladamente; antes se dejaba estar un rato en la mesa, junto á su madre, tierno, íntimo, ingenuo; ahora se levantaba derribando la silla, buscando con ojos febriles el sombrero y despidiéndose apenas de la madre. Esta le imploraba un poco de ternura.

—¡Vamos, Eulogio! No es cuestión de que te olvides tanto de tu madre. ¡Hay tiempo para todo!

—¡Qué quieres! — respondía él. — Han encendido una hoguera en mi alma y toda ella está que arde. ¡Si vieras en que luchas estoy envuelto! ¡Si supieras cuántos enemigos tengo! ¡Oh, esto también tiene sus sinsabores! Pero yo no desmayo, no...

Una noche, sin embargo, se fatigó tanto, fué tal el incendio de su alma, que regresó apresuradamente á su casa con una sed ardiente de ternuras, de cosas íntimas. Su madre dormía ya. Entró en el cuarto en que ella reposaba, sin hacer el menor ruído, y encendió la lámpara. Doña Eugenia no abrió los ojos ni se movió. Eulogio se puso á contemplarla tembloroso de ternura: estaba hermosa, divina: parecía una diosa. Sus negros cabellos formaban espléndida mata sobre la almohada; una mano caía á la orilla de la cama. Eulogio se acercó y la besó. Ella abrió los ojos.

—¿Qué haces, Eulogio?

El no pudo más y cayó locamente en los brazos de su madre.

—¡Ah, tus besos, mamita! ¡Cómo me aplacan, cómo me embriagan de felicidad! He salido de un horno y entro ahora en un manantial dulce y fresco. ¡Qué dicha! Tócame la frente. ¿No la sientes como fuego? Mira como lucha tu hijo. ¡Pero me he conquistado tantos enemigos, mamá, tantos! ¡Los tengo á montones!

El proyecto que había él redactado con Tito Beltrán, fué rechazado casi sin discusión, y hasta suscitó algunas burlas de los colegas. Tal cosa llenó de hiel á su alma; emprendió por la prensa acerbos ataques contra sus compañeros de la cámara. En sus artículos palpitó un odio infinito, y la pobre humanidad fué cruelmente zaherida. Ya nada había de noble en torno de él: la sociedad era pésima; el prejuicio se lo devoraba todo; la cobardía quebrantaba los espíritus; las cabezas eran nulas; los corazones, malvados; las aspiraciones, insanas; el mal invadía.

La evolución fué rápida: declaróse ardiente

revolucionario. Organizó manifestaciones y habló en las calles. Tuvo disputas con la policía y fué llevado á la cárcel. Vióse envuelto en una lucha obstinada, que no le dejaba un momento de reposo.

Tito Beltrán le admiraba. Hablaba de él con admiración y ternura. Cada vez que le encontraba por la calle, se le prendía al cuello y no le soltaba durante un rato; se lo llevaba á su cuarto y allí hablaban de sus ensueños. Tito tenía ya casi concluído su libro: faltábale sólo un capítulo. Estaba más enamorado que nunca de Catita.

Zoilo caía á veces en el cuarto, con su risa vulgar y sus tontas palabras. No hacía más que burlarse de sus dos amigos, á quienes calificaba de locos. Su padre había realizado una feliz operación comercial, con lo cual duplicó su fortuna, que era ya inmensa. Nadaba en oro y su espíritu era siempre hueco. Hablaba, como de costumbre, de la enfermedad de su estómago, de los remedios que tomaba y de los resultados que obtenía. Escuchábanle sus dos compañeros, dolorosos como dos crucificados. Una vez, Tito no pudo contenerse, y antes de que Zoilo pusiera los pies en el umbral de su habitación, le detuvo con un gesto enérgico.

—¡No entres, Zoilo! No entres. ¡Te lo pido por favor!

—¿Por qué? — preguntó el joven asombrado.

—Eres diferente de nosotros... ¿Para qué quieres nuestra compañía?

—¡Déjate de bromas!

Dió un paso adelante.

—¡No, no! Te lo digo en serio. No quiero que entres; me haces sufrir mucho.

—¿Por qué te trato de loco?

—¡Vete!

Tuvo que intervenir Montaña, explicando á Zoilo que cuando Tito estaba de malhumor trataba á todos sus amigos de esa manera extraña.

Una noche estaban solos los dos, hablando de sus ensueños ante la mesa cubierta de libros. Habían apagado la luz para disfrutar de un magnífico rayo de luna que entraba en la habitación. La noche era serena; un soplo fresco besaba los cabellos de los dos amigos, y el rayo de luna acariciaba sus ojos, como explorándolos. De pronto llamaron á algunos pasos de la puerta con una suave palmada. Miraron y no vieron á nadie.

Llamaron nuevamente.

—¡Adelante!

En el umbral, iluminado por la luna, distinguieron un cuerpo de mujer.

—¡Catita!

Beltrán se precipitó ebrio, sollozante de ternura y amor. Montaña encendió la bugía.

—¡Catita, Catita!

Era, en efecto, Catita, la novia de Beltrán, la mujercita que volaba cuando andaba por la calle.

—¿Tú en mi cuarto, Catita? ¿Tú en mi cuarto?

No salía de su asombro. Catita se sentó familiarmente y tomó un libro, que no abrió.

—¡Me parece un sueño, Catita! ¿Conoces á este joven? Es Eulogio Montaña, el luchador más infatigable de este país.

Se saludaron cortésmente.

—Supongo que no interpretarás mal mi presencia en tu cuarto—comenzó á decir ella con una voz deliciosa—¡Soy honrada, Tito! No soy tampoco una imbécil. Como era muy temprano y la

noche estaba muy linda, resolví hacerte una visita. ¿Por qué la novia no ha de visitar también al novio? ¿He de hacer yo lo que hacen todas las demás? Me criticarán, sin duda, cuando lo sepan. ¿Pero qué me importa?

Rióse con una carcajada deliciosa, dejando caer el libro y no incomodándose para levantarlo.

Beltrán comenzó á entristecerse.

—¡Qué pobre es mi cuarto, Catita! Tú no mereces estar un rato aquí... Tú debías vivir en un palacio.

Ella arrojó otra carcajada.

— Escucha, Tito: tú te vas á enriquecer. ¿Sabes por qué? Anoche volví á soñar que me casaba con un hombre rico; y ese hombre rico eres tú, indudablemente.

—¡No digas eso, Catita! Sufro mucho cuando te oigo hablar así. Ese rico no podré ser yo...

Se acordó de Zoilo, y un frio horrible le entró en el alma.

—¡Ah, si apareciera él ahora! — pensó — ¡Si llegara á conocerla!

Tembló como una hoja en el árbol. Catita le miraba dulcemente, moviendo con frecuencia su cabecita. Brillaban sus ojos.

—¡Oh, Catita! — murmuraba inefablemente Tito, como en un rezo.

Levantóse ella luego y tendió la mano á los dos amigos.

— ¿Tan pronto?

— Sí. Me esperan mis hermanas, y tú sabes, Tito, como me tratan. Además, tengo que pasar por la confitería antes de que la cierren; no he probado en todo el día un dulce.

Despidióse sin más retardo y salió del cuarto

como un pajarito á quien se suelta de la jaula. Montaña se desternilló de risa sobre la cama.

— ¿De qué te ríes? — le preguntó Tito.

— Pues de ella, hombre, de tu Catita. ¡Qué mujer!

— ¿Pero no es encantadora?

— ¡Oh sí, y mucho!

— Ya lo ves: se me escapa como un pajarito: vuela un poco alrededor de mí y se va.

— ¿Nada serio hay todavía entre ustedes?

— ¡Qué quieres que haya! Si yo no sé todavía lo que pasa en su alma .. Si me ama ó no me ama...

XIII

Vinieron días borrascosos para Eulogio Montaña. Las sesiones de la cámara de representantes se hicieron notar por multitud de incidentes, provocados casi todos por Eulogio. Fué lo grave, que un colega ya anciano, indignado de las audacias del joven, afirmó en voz alta que Eulogio Montaña era indigno de ocupar un puesto en la cámara. El diputado ofendido dió una bofetada al anciano; la barra estalló en clamoreos; el presidente hizo saltar el badajo de la campanilla; cincuenta miradas fulminaron á Montaña y la indignación llegó al colmo.

Salió Montaña como un ebrio, atolondrada la cabeza, encendido el rostro, insultado por unos y aclamado por otros. Miró ávidamente y distinguió en la plaza Matriz á Teodorico Reginole. Se juntó á él.

— Lo sé todo. Todo lo he visto — le dijo el gigante. — Usted estaba loco.

—Sí; abofeteé al viejo. No pude contenerme.

—Señor diputado, la vida debe ser serena y dulce. Hay que reprimirse á cada instante. Lo violento es detestable. Yo no concibo una vida violenta y feliz. ¡Qué hermosa es la vida cuando uno se deja deslizar dulcemente sobre ella! Su alma es demasiado ardorosa, señor Montaña; tiene mucho fuego.

—¡La lucha es bella, amigo mío!

—Pero cuando se lucha como usted... causa muchos sinsabores.

—Yo no era así antes.

—¿Y ahora por qué?

—¡No sé, no sé! Me vinieron un buen día unos ímpetus que me enloquecieron; unos sueños tremendos que comenzaron á pincharme el alma; unos deseos ardientes de hacer obra grande y destacarme...

-- No hubiera hecho caso de esas cosas. Créame usted: es una tontería. Eso es malgastar la vida en ridículas violencias. Crúcese de brazos como hacen los demás. Si tiene que cambiar esto, cambiará, no lo dude usted. ¡Pero goce serenamente de la vida, hombre! Hágase de cuenta que está en un barco que se desliza dulcemente sobre el agua y al cual un movimiento imprudente de su cuerpo puede hacer zozobrar... Admire las cosas bellas; goce de la naturaleza; salude la salida del sol; saboree los buenos manjares; guste de todo lo agradable; no desperdicie nada. Esa es la vida. ¿No ama usted?

—Amo sólo á mi madre. No conozco otro amor. ¿Pero usted no cree que mis luchas puedan ser fructíferas?

—No lo creo, no.

—¡Dios mio, qué escéptico es usted!

—Haría usted muy bien en apagar la hoguera de su alma. Se lo digo con franqueza.

—¿Me lleva usted á su casa Reginole?

—Sí; vamos á cenar juntos.

Tomaron la calle Buenos Aires, que estaba oscura. Montaña sentía aún la frente como una brasa y caminaba tambaleándose. Se había sacado el sombrero y se abanicaba el rostro con él. Reginole marchaba á su lado serenamente, fumando un habano. La noche era fresca; el invierno se acercaba. Se oía el ruído del mar: un chasquido del agua contra los peñascos. En las bocacalles el viento era insoportable y había que sujetarse el sombrero. Caía la luz de la luna como una frialdad, y brillaban como discos de plata, en medio de la calle, pequeños charcos, muestras de reciente lluvia. Nubes blancas cruzaban velozmente el cielo y parecían llevarse á la luna en vertiginosa carrera. El viento dejaba tersas las calles.

—¿No siente usted frío?—preguntó Reginole.

—No; estoy ardiendo todavía.

—Cene bien esta noche y acuéstese temprano. Trate de dormirse pensando en cosas muy dulces, tal como el beso de una novia... Olvídese usted de que es diputado. Quiero que cene usted bien; yo soy muy comilón y espero que sabrá ponerse á la altura mía. Comeremos y beberemos en dulce intimidad. La amistad, frente á un buen plato y á una buena copa, es la cosa más dulce del mundo. Un buen bocado y un buen vino despiertan elevados sentimientos. ¿No lo cree usted? Yo conocí á dos individuos que se odiaban cruelmente, y una noche, después de un solo trago de vino, se abrazaron con ternura.

Reginole sonreía ingenuamente mientras hablaba así, y Eulogio le escuchaba con placer, sintiendo en sus oídos como un grato murmullo, que refrescaba su espíritu. Vieron salir en eso de una casa á un hombre, que marchó hacia ellos apresuradamente. Eulogio sintió que le asían de los cabellos.

—¡Te voy á matar! ¡Te voy á matar, jovenzuelo insolente, mal criado! —gritó al mismo tiempo una voz ronca.

Era Romanes. Estaba furioso y no soltaba la rubia cabeza del joven. Tiraba de los cabellos, rechinando los dientes, los ojos saltados.

—¡Caballero, deje á ese joven! —gritó Reginole.

Pero el otro no soltaba la rubia cabeza. Como el joven era muy débil, apenas podía defenderse, y ya vacilaba á punto de caerse...

Sobre la cabeza de Romanes cayó, como un peso enorme, una de las manos del gigante. Quedó aturdido y soltó al joven. Le miraba ahora con ojos de idiota. Estaba flaco y sucio; tenía los zapatos rotos; la corbata estaba completamente deshilachada. Tosía.

—¿Pero usted es el doctor Julio Romanes? —le preguntó Montaña con cruel ironía. Y arrojó una carcajada atroz.

Romanes quiso hablar, pero la tos le acometió bárbaramente.

—¡Pero usted está flaco, usted tose mucho, usted tiene la ropa sucia! —exclamaba cruelmente Montaña.

Entonces tuvo lugar una escena inesperada. Romanes se arrojó al cuello del joven, sollozando, bañando con sus lágrimas los cabellos de oro.

— ¡Eulogio, ten compasión de mí! ¡Acuérdate de aquella noche! Yo olvido tus insultos. ¡Perdóname! Hace un día entero que no comemos en casa; yo estoy desesperado, estoy por suicidarme.

Mi Manuela se pasa todos los días llorando... ¡No tenemos un centésimo! Todos me rechazan. ¡Préstame unos pesos, Eulogio!

Reginole lagrimeaba. El conocía á Julio Romanes; acercóse á èl y le dió un golpecito sobre el hombro.

— ¡Ah, pobre hombre! — exclamó luego. — ¿Verdad que usted es una víctima de lo que llamamos la política? ¿Verdad que usted nunca ha trabajado con sus manos? Hay muchos como usted ¿verdad? ¡Pobre hombre!

Pero Romanes no le oía: se había prendido fuertemente al cuello de Montaña y hablaba despacito, como con tenues soplos:

— ¡Esta noche! Necesito ahora mismo unos reales. ¡Hace muchas horas que no comemos, Eulogio!

No lo soltaba; se prendía al joven, como á un sostén, para no caerse, y pasaba suavemente las manos por los rubios cabellos, mientras decía con mimos:

— ¿Tú eres buenito, no, Eulogio?

Era necesario que hubiera apurado trances horrorosos para humillarse de tal manera ante Eulogio Montaña en la misma ocasión en que había resuelto arrojarse sobre él como un tigre. Todo se perdía en él: la miseria le clavaba en el pecho sus garras y le chupaba todo lo que pudiera significar orgullo, altivez, superioridad, nobleza... ¡Y con qué placer había saboreado en su imaginación momentos de venganza! Veía á Montaña bajo sus

pies, con la cabeza desnuda, sin los hermosos cabellos de oro « verdaderas viboritas » que él, Romanes, había arrancado de sus guaridas para que no renacieran más. ¡Cómo pisoteaba la desnuda cabeza del joven! Y ahora, en la realidad, casi besaba la ardiente cabeza, que ostentaba con más gallardía que nunca los admirables hilos de oro.

—¿Tú eres buenito, no, Eulogio?

Todavía rió Montaña, con el alma llena de una vanidad inaudita y no vencido aún por tan triste espectáculo. Erguía su cabeza cuanto podía y miraba á Romanes con unos ojos burlones y atrozmente secos. Las manos suplicantes no le dejaban, rodeaban su cuello, tocaban sus cabellos y temblaban de humillación. Por fin, cuando hubo gozado de tamaña victoria, desprendióse de Romanes y le gritó:

— Sígame hasta casa; allí le daré lo que le hace falta.

Despidiéronse de Reginole y abandonaron la calle Buenos Aires.

XIV

Apenas una débil claridad se coló en el dormitorio por los vidrios de la puerta, arrojóse Romanes de la cama, vistióse sin hacer el menor ruído, para no despertar á Manuela, y después de haber contemplado un rato á su dulce esposa, abandonó el cuarto y salió para la calle. Era un amanecer de Mayo, frío y lleno de neblina. La ciudad tenía un aspecto fantástico; devorábala por completo el vapor de agua, impidiendo presenciar el admirable beso de la aurora, que tiñe de púrpura á la naturaleza.

Romanes tomó la calle Sarandí, rumbo á la plaza Independencia. Abrían sus puertas los cafés; circulaban los carros; descubríanse las vidrieras de las tiendas, y los criados, medio dormidos aún, se desperezaban, restregándose los ojos y abriendo tremenda boca. En la plaza Independencia se detuvo Romanes, abriendo desmesuradamente los ojos para distinguir algún coche. No había visto ninguno aún, cuando sintió que le daban un golpecito sobre el hombro y le preguntaban:

— Caballero ¿necesita coche?

Hizo con la cabeza una señal afirmativa y siguió al cochero. Entró, y el coche comenzó á rodar.

- ¿Adónde va el señor?

— Lejos. Siga no más por la calle 18 de Julio.

Hacía mucho frío. Romanes cerró las ventanillas del coche, después de haber dicho al cochero por segunda vez que continuara por la calle 18 de Julio. El carruaje rodaba velozmente; llegó á la plaza Libertad, dobló á la derecha y siguió luego rectamente. El cochero se dió vuelta.

— ¿Hasta dónde. señor?

— Siga no más, siga. ¡Más adelante! — gritó una voz ronca desde el interior del coche.

Había recorrido ya el coche muchísimas cuadras, y rodaba velozmente.

— ¿Por aquí, señor?

Una mano abrió la portezuela.

— Hasta fuera de la ciudad, y por donde usted quiera!

Cerraron otra vez la portezuela. Dentro del coche pasaba algo. Romanes estaba hecho un ovillo y tiritaba; lágrimas ardientes se escapaban de sus ojos, y en una de sus manos apretaba un objeto.

—¡No, todavía no, por aquí no!... se decía con una voz sumamente temblorosa.

Levantó la mano y contempló el objeto. Era un revólver, nuevo, flamante, de mucho brillo.

—¡Señor, ya estamos muy lejos!—gritaron desde el pescante.

—¡Más, más lejos!—suplicó él.

Encogióse más aún, envuelto en un sobretodo grueso, cuyo cuello le tapaba parte del rostro. No miraba para afuera; tenía fijos los ojos en la mano que apretaba el arma, y las lágrimas caían lentamente sobre las rodillas, en gotas grandes y pesadas.

—No; debo esperar un poquito más... Por aquí no es bueno matarse...

Seguía velozmente el coche, por cualquier calle, torciendo, ora á la derecha, ora á la izquierda, ya siguiendo un camino recto, siempre con mucha velocidad, y produciendo las ruedas un ruido estrepitoso sobre el empedrado. La neblina era cada vez menos densa, y poco á poco iba abriéndose paso el sol naciente. Comenzaba á vislumbrarse un poco de rosado...

Ya estaban en las afueras de la ciudad. Veíanse hermosas tierras cultivadas, frondosas quintas y robustos trabajadores. El cielo se limpiaba, y un delicioso color rosado teñía el oriente. La naturaleza surgía libremente, en una vasta extensión, lejos de la aglomeración de edificios, que no dejan ver sino una muy pequeña parte del cielo; surgía cándida y ruborosa, con el beso de la aurora, envuelta en los últimos girones de la niebla que se desvanecía...

Se oía un dulce trinar de pájaros.

—¿ Todavía, señor ? — preguntaron desde el pescante.

—Pare un poco aquí... — contestaron débilmente de adentro.

El coche se detuvo; el paisaje era soberbio. Ya el sol naciente irradiaba triunfante su luz, y el cielo ostentaba un azul límpido. El frío disminuía ; el aire besaba más tibiamente. Hacia el oriente distinguíanse un trozo negro de tierra y un arado que iba abriendo surcos. Romanes asomó la cabeza por la ventanilla del coche. Ya no lloraba, y tenía libres las dos manos. Miró hacia donde brillaba el sol, vió la mancha negra y el arado, y nuevamente recordó su infancia. Entrábale en los pulmones aire tibio, y sentía un dulce consuelo. El trozo de tierra que el arado recorría, acariciaba inefablemente sus ojos. Más allá distinguió luego una casita blanca, sencilla y solitaria. Pensó en Manuela y se miró las manos.

—¡Ah, yo debía trabajar! ¿Por qué no? ¿Porqué no comenzar una vida nueva? ¿Para qué matarse?

Jadeaba levemente su pecho, como si escuchara risueña revelación.

—¡Pobrecitos! ¡Pobre mi Manuela! ¡Y yo que pensaba matarme sin haber hecho nada de bueno en mi vida! ¡Qué locura!

Sacó la cabeza hacia afuera todo loque pudo.

—¡Sí, sí! ¡Es preciso vivir, y vivir como se debe vivir! Cochero — gritó — volvamos al centro de la ciudad. ¡Despacito ahora!

Dos horas después, el cochero, que había detenido su coche en la Plaza Independencia, refunfuñaba:

—No me ha pagado mucho... pero me encon-

tré dentro del coche este revólver nuevecito, que no pienso devolvérselo.

XV

Todo ese día se lo pasó Romanes visitando á los pocos amigos que le quedaban. Manuela le estuvo esperando llena de congojas, rodeada de sus hijos, los cuales no cesaban de preguntarle por el padre.

Toda la casa respiraba miseria. Los hermosos muebles habían desaparecido, y hubo necesidad de alquilar una modestísima casa de tres habitaciones, pequeñas y frías. Actualmente debían ya tres meses de alquiler, el cual, para mayor vergüenza, era reducidísimo. La humilde belleza de Manuela se ajaba; la pobre enflaquecía notablemente, y sus hermosos senos apenas abultaban ya. El silencio escondía su dolor; ni una protesta salía de sus labios. Quería como siempre á su marido y le consolaba como una madre cariñosa. Los incidentes que provocaba la miseria en su hogar, eran numerosos y aterradores. Había necesidad á veces de acallar ciertos gritos; desesperada, dejaba caer Manuela sus labios sobre el rostro de sus hijos y se entregaba á delirantes besos.

Romanes se presentó por la noche, con la cara tranquila, sereno, casi sonriente. Manuela se extrañó al verle.

—¡Te estuve esperando todo el día, Julio! ¿No tienes compasión de mí? ¡Entras tan tranquilo!

El la apretó entre sus brazos.

—¡Vamos á ser felices, Manuela!

—Si seguimos como ahora...

— Déjame hablar. Mañana compro un campito con un dinero que me ha prestado un generoso amigo. Nos vamos á vivir en él, Manuela, y renuncio á mi título de abogado y á mis arterías políticas. ¿Ves estas manos? Hasta ahora estuvieron inactivas; pero desde mañana comenzarán á encallecerse. ¡Te lo juro, Manuela!

— ¡Oh, Julio mío!

— Sí, Manuela. Seremos felices; verás. Comenzará una vida nueva para mí ¡y qué vida! Bésame no más: mi frente se ha purificado.

Viéronse rodeado de sus cinco hijos. Romanes se arrodilló, apoyó las manos sobre el suelo é hizo que los cinco se treparan sobre él.

Manuela sonreía.

XVI

Apoderóse de Montaña, después del ruidoso suceso de la cámara, una ardiente necesidad de reposar en su casa, en dulce intimidad con su madre. Doña Eugenia estaba contentísima con su hijo; llenábanla de orgullo los contínuos incidentes que Eulogio provocaba en la cámara. Conservaba su admirable belleza. Una frescura deliciosa borraba en su rostro el efecto de los años, y en la mata de sus cabellos sólo asomaba una que otra cana. Junto á su madre, Montaña sentía fresca su frente y más calmado su espíritu. Era ella como el huerto de su vida, como su reposo, como su grata sombra. Descansaba á su lado como viajero fatigado que se sienta al pie de frondoso árbol.

Teodorico Reginole los visitaba siempre El gigante mostraba una dulzura cada vez más exqui-

sita; sus palabras eran suaves como las de un niño, tan suaves á veces, que su escepticismo sabía entonces á miel. Eulogio y doña Eugenia estaban encantados de él. Comía frecuentemente con ellos, fumando, después de la comida, exquisitos habanos que le adormecían.

Días hermosos se sucedieron. Un sol tibio bañó las calles, y un aire puro fortaleció los pulmones. Eulogio salía con su madre, prendido al brazo materno como un enamorado al brazo de su amada. Correteaban mucho, sin necesidad, por el prurito de pasear juntos. Recorrían muchas calles y se embobaban ante cualquier espectáculo. Volvían fatigados y sudorosos. Se echaban juntos en el sofá, muertos de risa. Bromeaban luego con Reginole. El gigante se sonrojaba como un niño, de lo cual se reían mucho madre é hijo.

Vino la calma para Montaña, y con ella el optimismo. Se puso á trabajar con más ahinco, con la dulce esperanza de triunfar. Volvió á vérsele en la tribuna, pero no terrible y avasallador como otras veces, sino suave y cándido, como un niño que rogara en público... Su alma se ensanchaba sin violencia, como un abanico que manos tímidas abren. Sentíase lleno, sano y fuerte. Creía en lo que decía, lo cual le proporcionaba una dicha inmensa. Fundó un diario, que llamó «La Luz», y se entregó con vehemencia á las tareas periodísticas. Impregnó sus artículos de ansias generosas respecto á su país; huyó de los partidos, y su espíritu no se apasionó por cosas miserables. Renunció á la diputación para poder hacer «desde la prensa prédica sana con entera libertad».

Por esa época se enfermó su madre. Un día llamó á Eulogio y le dijo:

—Eulogio, es necesario que yo vaya al campo á pasar una temporada. He pensado en mi tía, que tiene una hermosa estancia.

Eulogio no pudo acompañarla, pues no podía abandonar *sus cosas* en esos días. La rogó que volviera pronto, porque él la extrañaría mucho; la besó repetidas veces y le descompuso todo el peinado. Tuvo un rato su frente reclinada sobre el pecho materno, y cuando él se desprendió de allí, su hermosa cabeza rubia tembló como un fruto á punto de desprenderse de la rama.

Se escribían continuamente. La tía la trataba muy bien y la quería mucho. Era preciso que permaneciera cuatro meses en el campo para quedar bien restablecida. Pasaron los cuatro meses, y fué necesario añadir dos más. Pero pasaron los seis meses y ella no anunciaba su viaje.

— ¿Se habrá empeorado? — se preguntaba Montaña.

Sus cartas eran á veces muy tristes, y él las leía, llorando sobre ellas.

—¡Ella, que era tan robusta, tan fresca, tan linda!

La veía delgada, fea, convertida en un esqueleto; y se horrorizaba de esa visión. De sus llenas y rosadas mejillas no quedaban más que dos huesos salientes; se le caían los cabellos, se apagaba su mirada, perdía su voz el timbre encantador, y ya no era toda ella más que una sombra dispuesta á entrar en el sepulcro... De noche sentía él un beso frío en su cara, como dado por los labios de un muerto; encendía entonces luz y pensaba en su madre hasta el amanecer. Otras visiones más horribles le torturaban: veía una hermosa carne sonrosada, llena de frescura primero; luego invadida de gusanos, que la devoraban sin cesar;

después un cráneo... dos tibias... y luego una mano arrojando los huesos...

— ¡Mamá se muere! — gritó un día lleno de espanto.

Abandonó todo y resolvió ir á la verla. La estancia estaba lejos, al norte, en las orillas del Arapey. Puso la dirección de «La Luz» en manos de un amigo predilecto, y prometió que su ausencia sería corta. Se despidieron con frases cariñosas, abrazos efusivos y deseos de felicidad; muchos amigos le acompañaron hasta la estación, vivándole durante el trayecto. Su rubia cabeza recibía un beso del sol y brillaba como una bola de oro; el viento movía sus cabellos; su mirada se perdía en la luz, y sus labios balbuceaban palabras dulces, que los amigos oían inclinados hacia su boca como sedientos hacia una fuente...

La mañana estaba fresca, y el cielo era azul como un manto de vírgen. De algunas chimeneas se escapaba humo, como un incienso de los hogares. La ciudad se despejaba á medida que se acercaban á la estación; el aire estaba más perfumado y más pajarillos volaban.

Cuando llegaron á la estación, el que debía de partir fué de nuevo aclamado. Montaña sacudía su cabeza y suplicaba:

— ¡Basta, basta!

XVII

Después de un día de tren llegó á la ciudad del Salto. Tomó al otro día en esa ciudad el tren del Norte, y llegó á la estación Palomas. Allí buscó un guía, montó á caballo y emprendió el camino de la estancia. Era el guía un paisano locuaz, que

no cerró la boca en todo el trayecto. Habló á Montaña de los campos, de los ganados, de las aguadas, de las guerras civiles, del comisario, del gobierno. Le mostraba los arroyos y los montes, y se asombraba de que el joven ignorara los nombres.

— Usté no parece criollo — le decía.

El mediodía se acercaba; y la primavera rivalizaba en calor con el verano. Surgían algunos ranchos de vez en cuando, y á sus puertas ladraban los perros. Hileras de carretas arrastradas por bueyes hacían chirriar sus ruedas. Algunos alambrados estaban rotos. Aparecían lagunas y charcos; un vacuno, enterrado en el fango, íbase hundiendo, sus ojos extraviados en un ruego y la cabeza desesperada. En los cerros peñascosos los lagartos tomaban sol. El horizonte era árido. Cuando surgía un monte, los ojos de Montaña se llenaban de delicias; una suave frescura le entraba en el alma, y pensaba en su madre como en un oasis encantador.

Se detuvieron en un rancho. Apeáronse y sentáronse en uu banco, bajo una enramada. Todo en torno parecía incendiarse; y Montaña miró dentro del rancho para aliviar la vista. Un paisano viejo y muy indio tomaba mate, que ofreció al instante al joven. El otro entabló con él una conversación sobre ganados. Un chiquillo sucio corría á las gallinas, y un muchacho como de diez años montaba en pelo un bayo flaco, al cual hacía galopar desesperadamente. Avestruces, que rondaban el rancho, estiraban el pescuezo á la caza de moscas; revolcábanse en el barro dos cerdos, ávidos de inmundicias, y una vaca echada dulcemente sobre la hierba parecía implorar al sol.

Nada respetaba el astro; apenas daban los árboles una pequeña sombra.

—¿Y el joven está de paseo? — preguntó el paisano viejo, fijando en Eulogio dos ojos pequeños y chispeantes.

—Vengo á ver á mi madre, que está enferma, tal vez muy enferma. ¿Conoce usted la estancia de los Flores?

—¡Cómo no! ¡Si me doy mucho con doña Matilde!

—Pues doña Matilde es tía de mi madre y la quiere mucho. Allí está ella.

—Sí; esa señora es muy buena. ¿Qué tal le parece el mate?

—Bueno; pero debo seguir el viaje ahora mismo... Vamos, Gregorio. Es mejor no demorar ni un solo momento. ¡Vamos!

Se despidieron y montaron. Salieron galopando. Montaña iba afanoso. Quería llegar cuanto antes á la estancia. La mata de sus cabellos se desparramaba en flecos de oro. Iba su caballo en desenfrenada carrera; tropezó y arrojó á Montaña al suelo El joven no se hizo nada, y volvió á montar al instante, sofocado, sudoroso, loco.

—Se va á lastimar, señor. No le afloje tanto las riendas — gritaba el guía.

Pero era en vano: la carrera fué tan desenfrenada como antes. Nada existía ya en torno de Montaña, excepto la imagen de su madre enferma, moribunda quizás ¡ó muerta quizás! Los arroyos y los montes, los cerros y los peñascos, las lagunas y los charcos, el cielo y el sol, todo desaparecía ante sus ojos para dar paso á esa imagen obsesionante, que se le entraba en la cabeza y le atenaceaba el cerebro.

— Tiene el pelo sucio de barro, mocito. Eso fué al caerse.

— No importa. ¿Está lejos todavía la estancia?

— Todavía nos faltan como tres leguas. Usted se va á cansar mucho.

— No me voy á cansar, no.

Pero se cansó. Dolíale la cabeza, y una feroz puntada le hacía llevar la mano al costado del vientre. Sentía como un vahido; no podía sostenerse sobre el caballo. Se detuvieron y se apearon. Eulogio se echó de bruces sobre la hierba y comenzó á lamentarse.

— ¡Quizá ya esté muerta!

—¿Quien, mocito?

—¡Mi madre!

Le ardía la cabeza. ¡Cómo deseaba poder esconderla, como cuando era niño, en la falda de su madre! Sentía esa sed augusta de su niñez, y estaba convencido de que si su madre hubiera muerto, su rubia cabeza, « su cabeza de oro » caería al suelo como un fruto maduro cuya rama se sacude. Hacíase niño, y una ternura infantil hinchaba sus labios en un ansia de besos castos. Decíase en su interior que cuando llegara, besaría á su madre en la boca y en los párpados, es decir, como se besa á una novia . . .

Sus dolores físicos se aliviaron, y montó nuevamente á caballo. El sol recrudecía.

— ¿No se vé todavía la estancia?—preguntó Montaña.

—Todavía no; pero después que pasemos una cuchilla veremos los árboles — respondió el guía.

Siguieron. Siempre el mismo paisaje, siempre el mismo sol ardoroso. Por fin divisaron los árboles, y en poco tiempo llegaron.

Cinco perros feos y malos comenzaron á ladrar cuando Montaña y su guía se apearon en el galpón. Un peoncito salió de la cocina, con las mejillas coloradas de tanto soplar el fuego, y los ojos irritados por el humo. Tenía en la mano un mate grande, y chupaba la bombilla cual criatura que chupa el pezón de su madre. Estaba descalzo y en camiseta; caían sus negros cabellos por la frente, que era angosta; su mirada era maliciosa, y un suave bozo indicaba que el muchacho comenzaba ya á hacerse hombre.

—¿Está doña Matilde?— preguntó Montaña al muchacho.

—Si; voy á avisar á la señora.

La tía le reconoció al instante.

—¿Y mi madre?— preguntó ansiosamente Eulogio.

—Está mejor. ¡Se ha salvado!

Besó un momento después un rostro flaco y sumamente pálido, y le pareció mentira que fuera el de su madre.

—¡Estuve á punto de morirme, Eulogio!

Volvió á Montevideo con ella. Día á día la observaba detenidamente para cerciorarse de su mejoría. Fueron llenándose sus mejillas, acudió á ellas el fresco carmín, y Montaña, arrebatado de alegría, prometió, ni él mismo sabía á quien, luchar más intensamente que nunca por las grandes cosas...

XVIII

Muchos eran los comentarios que se hacía la gente, leyendo un artículo aparecido en el diario «La Luz», de que era redactor Eulogio Montaña.

El artículo se titulaba *Cual nuevo Cincinato*. He aquí sus principales párrafos:

« Parece mentira, pero es verdad. Julio Roma-
» nes, abogado y político de nombre, que hasta
» hace poco se hacía notar por su actividad en ma-
» teria de luchas electorales, ha sido sorprendido
» en un campo, no muy lejos de Montevideo, azu-
» zando un par de bueyes que arrastraban de un
» arado. ¿Quién lo diría? El hecho es cierto, in-
» negable, indiscutible. Vayan nuestros lectores
» al pueblito San Ramón y se convencerán de lo
» que afirmamos. Creen algunos que Romanes se
» ha vuelto loco. Nosotros no lo creemos; cree-
» mos, por el contrario, que nunca ha estado en
» mejor sano juicio que ahora. Loco era cuando
» andaba navegando por el mar de la política,
» lleno de ilusiones, sin notar que la tempestad
» estaba á punto de desencadenarse... Loco era
» entonces, y bien loco. Pero ahora... Ahora, si
» quieren explicar las grandes acciones como ex-
» travíos, el doctor Romanes será un loco subli-
» me. ¡Bendita locura! »

XIX

—¿Qué tienes, Eulogio? Tu frente arde; pare-ce que hubiera fuego dentro de ella. Tienes los ojos inyectados en sangre. ¡No me mires así, hombre!

—¡Ah, mamá¡ Tú no sabes lo que me pasa. ¡Tengo un volcán dentro de mi cabeza! Está mi sangre revuelta. De buena gana despedazaría á alguno...

—Pero vamos á ver lo que te pasa.

—Le están dando duro á mi prédica, que es tan

noble y elevada. Dicen que el redactor de «La Luz» es un loco... Acuden los suscriptores á borrarse en lamentable número. La gente se rie de mí cuando me vé por la calle. ¡Esto ya es demasiado!

—¿No me has dicho tú, Eulogio, que en las horas amargas para tí, vendrías á mi falda para encontrar en ella un alivio? ¡Ah, pobre hijo mio! Has tomado muy en serio esas cosas, y por eso sufres mucho. Dime: ¿si abandonaras todo y nos fuéramos á vivir á otra parte? Aun es tiempo... de seguir los consejos de Reginole. Él no tardará en venir y hablaremos de eso.

—¡No, imposible, mamá! ¡No puedo, no puedo! Es cuestión de amor propio, de orgullo, de altivez. ¡No puedo, no puedo! Reginole tiene un alma para proceder así; yo no la tengo. La mía es de otra especie. A veces siento un miedo horrible, porque me parece que voy á concluir mal... Le encienden á uno la cabeza... y uno no puede contenerse... ¡Ah! ¿Por qué el doctor Romanes me sacó de mi retiro? ¿Te acuerdas? Yo era tan sereno, qne tú tenías que azuzarme para que me alborotara un poquito. Entonces nadie se acordaba de mi «cabeza de oro.» Pero desde que me nombraron así ¡adiós mi serenidad!

—¿Has ofendido á alguno en su diario? Tal vez tú seas un poco violento...

—Si; reconozco que lo soy. Pero desde aquel artículo que escribí contra el pobre doctor Romanes, no he vuelto á ofender á nadie. Son mis doctrinas, mamá, mis doctrinas la causa de todo.

Estaban en el bello saloncito de la calle, sentados en el sofá. Montaña tenía el rostro desfigurado por el desaliento y la cólera; no así su ma-

dre, cuyo rostro, ya vuelto á la salud, acariciaba dulce apacibilidad. Después de haber hablado así los dos, Montaña reclinó la cabeza sobre el hombro de su madre, calmándose un poco. Llamaron en eso á la puerta,

— Es Reginole — dijo doña Eugenia.

Apareció el gigante, con su dulce cara de niño, más sonriente que nunca, ostentando en su boca un grueso habano.

— Usted, Reginole, podría servir de médico á mi hijo. ¿ Verdad, Eulogio? ¿Quién sabe si él no te cura de esas cosas...?

Reginole arrojó una carcajada.

— ¡ Es muy terco el mocito ! — exclamó.

— Oye lo que te dice, Eulogio.

— Cuando habla de sus luchas — sus más grandes amores — parece que se le llenara la boca de miel, siendo así que en su corazón no hay más que amarguras...

— Como en estos momentos — dijo doña Eugenia.

— Escúcheme, Eulogio — continuó Reginole. — Nuestro país no es digno de tener hijos como usted. Hombres como usted son precocidades, que se adelantan, que surgen fuera de tiempo... Por eso las resistencias.

Montaña escuchaba, con la cabeza baja, sin desplegar para nada los labios. Parecía un colegial reprendido por su maestro.

— Montaña, oígame como se debe oir á un amigo bueno. Si quiere usted hallar encantos en la vida, abandone esas cosas, y haga lo que yo hago, mire las cosas como yo las miro, piense como yo pienso. Yo le invito á la vida dichosa, mi joven amigo. ¿ Acepta usted mi ofrecimiento ? Por cen-

tésima vez, susurro á sus oídos mi consejo. Usted es joven, y ya infinidad de amarguras han pasado por su frente. Eso no es vivir. Quien sabe vivir dichoso, ese cumple con la más alta ley moral. La vida nos pide que hagamos de ella una dulce compañera; la vida no quiere que la violenten. ¿Comprende usted? No sea usted tonto, y siga mis consejos. Si usted se deja conducir de la mano por mí, le llevaré á un paraíso, donde sus ojos sonreirán constantemente y su alma destilará ternuras para todas las cosas, buenas ó malas, y para todos los seres, buenos ó malos. ¡Verá usted qué vida será esa! No tendrá usted otras preocupaciones que las de vivir lo más dulcemente posible. Tendrá tiempo para admirar las cosas bellas del mundo y para hacer el bien sin enojarse con nadie. ¿Me comprende?

—¡No, no me hable así! Eso no sería vivir para mí. Sepa usted, Reginole, que mi alma no es como la suya. Lo que á usted le hace feliz, quizá me hiciera desgraciado. Es inútil; no me pida eso. Vivamos en buena armonía, pero sin exigirnos cosas imposibles. Yo, en tanto, continuaré luchando, aunque, después de todo, siga siendo un eterno sediento del ideal...

—Aunque sigamos siendo unos eternos sedientos del ideal... — canturreó Reginole, vencido.

XX

Aprovechando la oscuridad de la noche y lo desierto de la calle, Tito y Catita caminaban juntos y desembuchaban, como avecillas que trinaran locamente, sus ardorosos ensueños. Catita marchaba inquieta, casi fogosa: de vez en cuan-

do deteníase y pegaba en el suelo con el pié. Llevaba un vestido cubierto de un sinnúmero de cintas. Catita tenía pasión por los moños, lo cual era causa de risa en sus hermanas, las graves señoritas, cuyas almas parecian estar clavadas siempre en el mismo punto.

Su vivacidad aumentaba; al doblar una esquina chilló como un ratón.

—Pero estáte quieta, Catita—le rogó Tito con una voz muy dulce.

—¡Eh, déjame! Hay ciertas cosas que me ponen los nervios como un ejército de demonios. ¡Si vieras cómo tengo la cabeza!— Se la apretó fuertemente —O estalla ó yo salgo con la mía.

—Pero aun no me has dicho lo que te pasa . . .

Catita sacó de un paquetito un caramelo y se lo llevó á la boca, chupándolo con fruición.

—¡Nada me pasa! Figúrate que mis hermanas... las perras de mis hermanas... ¡Ah, pero no quiero recordarlo! ¡Mi cabeza revienta!

—¿Qué te pasa, Catita? Sácame de esta impaciencia.

—¡Ah, de buena gana me ahorcaría!

Volvió á chillar, esta vez más fuertemente, como un animal que se azuza.

—¡Habla, Catita! ¡Habla!

Comenzó á mascar el caramelo, sin paciencia para chuparlo hasta el fin.

—¿Pues no les ha dado en creer á mis hermanas que yo estoy loca? ¿Pero lo que se dice verdaderamente estar loca? ¿No llamaron el otro día á un médico para que me observara?

Tito arrojó una sonora carcajada.

—¡Te ríes! ¡Bonita estoy yo para reirme!

Y como el otro arrojara nueva carcajada, sepa-

róse de él enfadada, tomando dirección opuesta.

— ¡ Catita ! ¡ Catita !

Ella no hacía caso y seguía caminando nerviosamente, sacudiendo los moños de su vestido.

— ¡ Catita ! ¡ Catita !

Dejó de distinguirla, y se detuvo en una esquina, descorazonado. La calle estaba desierta: ni un alma pasaba.

— ¡ Ah ! — pensó él, inmóvil como una estatua. — Siempre me ha parecido que ella es un pajarito que vuela, viene á mis manos y luego se escapa. ¡ Ah, cómo revolotea ! Mi corazón me dice que ella revoloteará tanto, tanto, que por fin irá á caer... en las garras de un gavilán.

Miró ávidamente hacia todos lados, pero no vió á nadie. Sintió frío en el corazón. Estuvo una hora esperando, una larga hora mortal, hasta que por fin regresó á su cuarto, devorado por una pena inmensa.

Al dia siguiente, muy de mañanita, recibió esta carta de Catita:

« Te has reído de mí hasta más no poder, haciendo coro con mis tontas hermanas, y de eso deduzco que tu amor no era tal, sino una burla, una grosera burla. Necesito una persona seria que me quiera. He llorado toda la noche pensando que soy para todos objeto de burla. No puedo llegar á ser tu esposa, pues yo te mataría á fuerza de hacerte reir, y como no es mi deseo verte muerto y comido por los gusanos, he resuelto romper mis amores como se rompe un vaso que no nos sirve ya para beber en él ».

Catita.

XXI

« Estoy ya cansado de sueños. No hago más que soñar, y nada realizo. Así han sido todos mis amores y mis ansias de caricias. ¡Soñados, nada más! ¡Bah! Esto comienza á entrarme en el estómago... Esto no es vida! Es preciso que esta noche se lo diga á Catita... »

Lentamente, como contando los escalones, y sumido en tales reflexiones, descendía Tito Beltrán la escalera de su casa. El zaguán estaba oscuro, y el joven dió á tientas con el pestillo. Afuera brillaba una luna magnífica. La noche era tibia.

— Sí; estoy fastidiado de vivir soñando... Mis sueños no se realizan. Siempre me lo paso martirizando la imaginación... llenando la almohada de deseos que no se satisfacen jamás... He besado rostros queridos, pero en sueños; he visto libros mios rodando por el mundo, pero en sueños; me he unido á Catita, pero en sueños... ¡Ay! Me han agotado las caricias imaginadas como si las hubiera disfrutado realmente. Me acuerdo de una noche en que sentí sobre mis rostro besos de labios queridos; me despierto, me miro en el espejo y veo en mi cara huellas de besos. Sí, sí, verdaderas huellas de besos: tenía los párpados húmedos y un moretón en la mejilla izquierda.

Acurrucado en el umbral de una puerta, un pobre imploraba una limosna. Tito lo oyó, retrocedió, y se detuvo ante él.

—¡Una limosnita por amor de Dios!

Metió Beltrán la mano en el bolsillo y no tocó nada, ni un céntimo.

—¡Una limosnita por amor de Dios, caballero!

Se alejó del mendigo y tres veces se dió vuelta para dirigirle una mirada dulce, que imploraba perdón. Apresuró el paso, y cuando hubo andado dos cuadras, oyó nuevamente el lastimero grito de caridad. El mendígo lo seguía.

—¡Una limosnita por amor de Dios!

Tuvo que correr casi, para dejar muy atrás al miserable, y pronto se halló frente á la casa de su encantadora Catita. El balcón estaba cerrado, lo cual le extrañó. Aplicó el oído, y no oyó nada. Llamó dulcemente, y nadie venía. «No estará.— se dijo.—Esperemos.» La luna alumbraba espléndidamente la casa de Catita; los plátanos se movían. Beltrán esperaba junto al balcón. Estaba ansioso; sentía que el corazón le golpeaba el pecho. De pronto, la ventana se abre un poco y Tito mira ávidamente hacia dentro. Una mano comienza á salir . . . una mano enorme y velluda . . . espantosa, brutal, traidora . . . Tito la apreta y arroja un grito, mientras una cara atrevida y burlona, como esas lunas que pintan por ahí, avanzaba despacio . . .

—¡Zoilo!

—Espérame, Beltrán. Salgo pronto—dijo el otro.

La ventana volvió á cerrarse, y pasó un momento sin que se oyera el menor ruido. Luego resonaron pasos en el zaguán, y apareció Zoilo con su carota vulgar, silbando una canción... Acercóse á Tito y le tocó el hombro. Pero el joven no se movió. Estaba como petrificado.

—¿Te causa estupor esto? Figúrate que hace sólo dos días que supe tus amores con Catita. La hubiera abandonado entonces, procediendo como buen amigo. ¡Pero estaba tan próximo al triun-

fo, tan próximo! ¡No pude dejar la presa, ché! Supongo que me perdonarás... Vámonos.

Pero el otro no se movía; permanecía inmóvil como una estatua, asido al balcón de Catita. Miraba á la luna con mirada de idiota; tenía la boca abierta, en un gesto de extrema amargura, y se le caía la baba.

—¡Vámonos, hombre! ¿Qué vas á hacer aquí?

—¡Cuéntame cómo fué! — articularon apenas los labios de Beltrán.

— No aquí. ¿No comprendes que pronto volverán las hermanas de Catita?

Entonces él se dejó arrastrar.

—No me gusta hacer uso de muchas palabras, amigo Beltrán. Te lo diré de una vez: acabo de poseerla. La he poseído en su propio cuarto. ¡Qué lujuriosa! Tu Catita es una gatita...

Beltrán sintió en la garganta una sensasión de extremo ardor. No pudo hablar; la lengua se le paralizaba.

—¡Cuidado, no te caigas! — le gritó Zoilo sosteniéndole de un brazo.

Después, una pregunta de mártir, de esas que el dolor engendra sin saberse para qué, acudió á sus labios:

—¿No te costó nada vencerla?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Si vieras lo que la he trabajado! ¡Pero no te caigas, hombre! Tropiezas á cada rato.

Entonces él comenzó á desvariar bajo el peso de su tremendo dolor.

— Son estas piedras... Yo debería hablar mañana con la Junta para que las arregle... Sería mejor que pusieran mármol... El mármol no

lastima la cabeza... es muy blando... Estas piedras le entran á uno en la cabeza.

Zoilo lo miró asombrado.

—¿Estás loco, Beltrán?

Le sacudió fuertemente. Tito le miraba con ojos de idiota, babeándose.

—¿Quieres que te lleve á tu casa?

No respondió.

—Si quieres que te lleve á tu casa... ¿oyes? A tu casa.

Hizo con la cabeza un signo negativo.

—Bueno; me separo de tí. Estoy apurado. ¡Adiós!

Vió alejarse á Zoilo, y lo miró hasta que lo hubo perdido de vista. Entonces fué desvaneciéndose su estupor, y cuando la magnitud del desastre se adueñó por completo de su cerebro, cayó de rodillas sobre el suelo, como un miserable, hirviendo en lágrimas, en medio de la calle, expuesto á las miradas de todos...

La luz de la luna caía dulcemente sobre la tierra.

XXII

Estuvo un día entero encerrado en su cuarto, sumido en implacable desesperación. Sobre todo, una imagen cruelmente obscena le obsesionaba: veía á Zoilo, transformado en un sátiro, entre los brazos de Catita; torpe visión que ensuciaba su dolor, como ensucia el establo el excremento de las vacas.

Pensó en el suicidio. ¿Se mataría? La pregunta acudió de pronto á su alma, iluminándola. La

gloria y el amor hablaron un rato con él. La primera le pronosticó días venturosos; el segundo le declaró que su existencia era ya ignominiosa. Los dos se posaban sobre sus ojos: la gloria se los abría; el amor se los cerraba... Vencióle, al fin, el fracaso de su gran amor, pues su espíritu era esencialmente bello y romántico.

Al oscurecer de ese día tomó un revólver y se lo aplicó á la sien.

XXIII

Montaña pasó toda la noche junto al cadáver de su amigo. Sentado en un rincón, la cara lívida, miraba alternativamente el rostro de Tito y la puerta de entrada. De vez en cuando sacudía los pies con impaciencia y murmuraba:

—¡No viene!

Esperaba á Zoilo. Conocía ya toda la historia del suicidio de Beltrán, y había resuelto matar al causante de tan horrible suceso. Zoilo se presentaría ante él con su odiosa risa vulgar; él le daría primero una bofetada; luego como á una gallina le apretaría el cuello... Allí mismo debía ser, junto al cadáver de Tito, cuya alma vagando por los espacios, imploraría sin duda venganza...

Pero no vió á Zoilo en toda la noche. Resolvió entonces, para contentarse, pronunciar en el cementerio un discurso, el cual debía ser, á la vez que oración fúnebre, una acerba sátira contra la maldad de ciertos seres ínfimos, que no servían sino para romper voluntades heroicas; verdaderos obstáculos en el mundo para el progreso de las ideas; larvas asquerosamente feas, que debían ser pisoteadas, si se quería conquistar una vida

mejor; causa de todos los males del mundo; seres indignos de ser calificados en la especie humana y á quienes les fué escatimado el soplo divino. Zoilo los simbolizaba. Con su oración, Montaña vengaría al idolatrado muerto. Para éste tendría palabras dulcísimas, que harían llorar; mostraría de una manera evidente cómo este mundo había sido indigno de tenerle; haría un estudio admirable de lo que fué su alma é inmortalizaría el recuerdo de su amigo bueno. Escribió la oración y puso en ella toda su alma. Vistióse de negro. con elegancia, dejó asomar al rostro toda la amargura de su alma y marchó silenciosamente detrás del carro fúnebre. Era una tarde fría, triste, grís, un poco lluviosa. El viento hería los rostros; las palabras se desvanecían, y las sonrisas eran tristes. Todas las cosas tenían un color insoportable, y los ojos sufrían. Los melancólicos creían tener el alma como una fría neblina, sin un tíbio rayo de luz; los alegres sentían un poco apagada la nota jovial, y los desesperados pensaban que ese día era el oportuno para quitarse la vida. Montaña rumiaba silenciosamente su discurso; olvidaba á su amigo ya ido, para no pensar sino en las frases que le consagraba. Había buscado á Zoilo con mirada ávida, entre los acompañantes; pero no le había distinguido aún. Ya que había desistido de matarle, le hubiera gustado con fruición que el «ser ínfimo» fuera al cementerio. ¡Cómo le miraría él! ¡Cómo le fulminaría con sus miradas! ¡Con qué ardor pronunciaría las últimas palabras de su oración, que eran estas: «Señores, Tito Beltrán tuvo un asesino! Probado queda. He dicho».

Marchaban al cementerio Central; el cadáver

iba á ser sepultado en el panteón de los Montañas. Desembocaron en la hermosa calle 18 de Julio. Los plátanos, plantados no hacía mucho tiempo, comenzaban á desnudarse, temblorosos como niños que tiritaran de frío; algunas ramas semejaban bracitos tendidos hacia el cielo en dulce imploración. Los melancólicos divisaban ya el cementerio dentro de su alma. Circulaba mucha gente y todos iban apresurados. El cortejo marchaba muy lentamente.

Montaña pensó en la muerte. Figurábasela un armado caballero victorioso, implacable, de negra loriga, que hundía sin cesar á las almas en lo desconocido. El estado de ardor en que se hallaba su espíritu, presentábale de tal manera á la muerte! Sus ojos no se apartaban del carro que conducía el ataúd, y á veces creía ver brillar, transformada en luminoso círculo, el alma de Tito Beltrán. Pero luego cerraba los ojos y no quería pensar más en eso. Volvia á su oración fúnebre; recordaba los párrafos más notables y desahogaba la voz como si ya fuera á hablar. Olvidaba al muerto y se llenaba de entusiasmo tribunicio; huían de su cabeza las ideas fúnebres; coloreaba sus mejillas un vivo carmín, y surgía en él el luchador.

El cortejo dobló hacia la derecha, entrando en la calle Yaguarón, que conduce rectamente al cementerio Central. Las nubes se obstinaban en no dar paso á un tibio rayo de sol, siquiera fuese momentáneo; el cielo se ponía cada vez más triste, y el viento hería implacablemente los rostros. Las puertas de las casas por donde pasaba el cortejo se llenaban de curiosos, y el suicidio era tema de las conversaciones. «Fué un valiente» se oyó decir en una esquina. «No; fué un cobar-

de porque no se atrevió á seguir viviendo» respondieron otras voces. «¡Yo no voy á tardar en hacer lo que él hizo!» exclamó tristemente una pobre mujer flaca, estirando sus brazos. «¡Tonto! ¡Suicidarse, cuando se puede pasar tan bien con un buen vaso de vino!» gritó desde un almacén un hombre gordo y colorado. «Mamá,— preguntaba un chiquillo—¿dónde está la muerte?—¡Va escondida, hijito!»

Divisábase ya el cementerio Central. No ofrece éste el verdadero aspecto de una mansión de muertos, y por eso no se desprende de él ese perfume de serenidad y tristeza, que es dote del sencillo camposanto, con sus pobres cruces medio ocultas entre hierbas y florecillas. La muerte pierde allí su pureza, por decirlo así; se siente en él, recorriéndolo, la vanidad de los vivos, la hipocresía, el artificio. Es difícil llorar ante uno de esos sepulcros. ¡Se está tan cómodo entre ellos! ¡Se admira tanta belleza de arquitectura! ¿Quién puede acordarse de los míseros despojos que encierran esos magníficos mármoles? ¿Para qué penetrar en la podredumbre? Hay allí columnas, estatuas, árboles; los pobres huesos no pueden distraer el pensamiento. El arte divaga allí entre los muertos, y tal cosa no deja de ser encantadora. La contemplación artística entre las tumbas tiene algo de inefable: los muertos no insultan al arte, y el arte, además, es misterioso como la muerte.

Entraron. Montaña tomó una de las manijas del ataúd. Se había puesto muy pálido, y la sangre le latía tumultuosamente. Cuando llegó el momento de hablar, creyó desvanecerse. No podía comprender la causa de su desaliento. Algunos

le miraron y se rieron, lo cual fué su salvación. Encendióse su alma y largó todo su discurso, con una heroica presencia de ánimo. La voz de Montaña vibraba entre las tumbas, y las estatuas parecían escuchar con suma atención. Montaña deliraba. Cuando acabó de hablar nadie se atrevió á reirse. Su elegante traje negro y su pálido rostro destacábanse con soberbia; hinchábale el orgullo, y se olvidaba del muerto y hasta del sitio en que se hallaba.

Separóse del cortejo y comenzó á pasearse solo por entre los sepulcros. ¿Había estado bien? ¿Había estremecido su oración á tanto oyente imbécil? ¿Se habían indignado? Meditaba así, mientras caminaba. Sacudía con orgullo su rubia cabeza, echando hacia atrás algunas guedejas rebeldes. De pronto siente un golpecito suave sobre el hombro, y le lastima el oído una risita asaz burlona; se da vuelta y se encuentra cara á cara con Zoilo.

XXIV

Enrojeció de cólera súbitamente, alzó los brazos y aprisionó entre sus manos el cuello de Zoilo.

—¡A mí! ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—¡Miserable! ¡Te voy á matar!

—¡Suéltame, Eulogio! ¡Mira que grito y te hago llevar preso!

Soltóle, lleno de un atroz desprecio, y se quedó contemplándole con ojos que despedían fuego, erguida la cabeza, jadeante el pecho, pronto á saltar otra vez.

Pálido y temeroso, Zoilo intentó irse, pero él se lo impidió. La gente abandonaba el cementerio,

sin mirar para atrás siquiera, hacia las tumbas, dispuesta á olvidarse de los muertos, ansiosa de embriagarse con el aire y la luz, y respirando como quien se saca un peso de encima. El cadáver de Tito había descendido ya á su triste, fría y oscura morada. Las nubes se oscurecían más y más.

A medida que el cielo se iba poniendo más oscuro y el cementerio más lúgubre, aumentaba el enardecimiento de Montaña, como si su sangre tuviera la virtud de hervir en medio de las tristezas. Sus hermosos cabellos de oro erguíanse como verdaderas viboritas; palpitaban sus fosas nasales como las de un caballo fogoso, y se llevaba las manos á la cabeza para oprimírsela con fuerza, conteniendo con su peso la ola hirviente, receptáculo de todas sus ansias y amarguras, que amenazaba levantarle el cráneo, á la manera de un vapor que levanta la tapa de la caldera.

—No, no te dejo ir. Tienes que oirme un poco, aquí mismo. Quiero desahogarme, porque la sangre se me agolpa en la cabeza. Nos sentaremos aquí.

Sentáronse irrespetuosamente al borde de un sepulcro.

—No te mato porque tendría que matar también á muchos como tú, Zoilo. Ustedes no tienen alma, ó si la tienen, es árida como un desierto, ó está petrificada. Nada la incita, ningún estímulo la estremece, ningún sueño la hace sonreir, ningún ideal la acaricia. ¿Para qué viven si no conocen la vida? Sin ustedes el mundo sería más feliz; ustedes pudren los ricos frutos que nos brinda la vida intensa; ustedes envenenan las fuentes de agua clara y refrescante que nos brin-

dan las ideas generosas; ustedes oscurecen la luz que nos viene de lo alto, y ustedes, en fin, son, en medio de los esplendores de la vida,cuervos que anuncian la proximidad de cadáveres... Ustedes quieren apagar la hoguera de los que llevan encendidas la cabeza y el alma. Viviendo entre ustedes, no puede surgir para uno la dicha. La risa de ustedes es un veneno que se cuela friamente en nuestras almas. ¡Son ustedes más miserables que un mendigo! Pueden vivir en palacios con puertas de oro, pero la vida no deja de ser para ustedes un desierto; pueden comer ricos manjares, pero ni una gota gustar de la vida; pueden acostarse en lechos blandos, pero las espaldas de ustedes jamás sentirán la caricia de flores que siente el que descarga de su cabeza y corazón los hondos estremecimientos de la vida...

¿Por qué nuestro país se halla en un estado tan lamentable? Porque ustedes abundan aquí; son como una hierba mala que invade todo un hermoso sembrado, echándolo á perder. En todas partes, en todas las manifestaciones de la vida encuentro hombres como tú. Ahogan á uno, enrarecen el ambiente, lo envenenan. Son ustedes las larvas destructoras del progreso; en el mar de la vida son ustedes los bajíos donde encallan los buques que llevan á las almas escogidas hacia las regiones de luz; son Carontes dispuestos á pasarnos á las regiones infernales donde todo se quema, así las alas como los ensueños; son las ráfagas frías como hielo, que, colándose en nuestra alma, la dejan como muerta, tal como un árbol cuyas hojas los vientos fríos del otoño arrastran implacablemente... ¡Oh, sí! Yo he sentido ese frío de muer-

te en presencia de ustedes, durante mis ardorosas luchas. No sé á qué compararlo. Es como si en una selva llena de pájaros y gorjeos, volaran de pronto aquéllos con éstos, dejándola desierta. Se siente como una lúgubre voz de sepulcro; se detiene el alma en sus aspiraciones, y una vasta ola de amarguras rodea la garganta, la aprieta, la sofoca, la paraliza. Se va todo el encanto; todo el encanto se disipa como una luz, y se siente la ancianidad y decrepitud de los ensueños sobre un alma joven aún...

Montaña sintió un nudo en la garganta. Estaba más sereno: hablaba tristemente, sin visible enojo, con el rostro casi adormecido, comparable en su melancolía á un cielo sombreado por el tinte del crepúsculo, reclinada la hermosa cabeza de oro sobre una columna truncada (¡hermoso, hondo y sujestivo símbolo!) é impasible como las estatuas de aquel sitio. Bajo el cielo grís oscuro, aparecían las tumbas y estatuas cada vez más blancas; mostrábanse nítidos los tristes epitafios, como si los recuerdos se ahondaran para consuelo de los pobres muertos; una tumba abierta mostraba su antro oscuro, frío y aterrador como una boca de monstruo ansiosa de tragar; más allá, gorjeaban algunos pajarillos, y más allá aún, la vida palpitaba...

Montaña paseó su mirada por todos los sepulcros. Lleno de amargura como estaba, sobrecogióse su alma al beso del misterio. Miró hacia arriba, y el cielo le sonrió burlonamente. El viento frío agitaba sus *rebeldes* hilos de oro, que parecían golpear contra la columna truncada, como llamando á las puertas de la muerte. Era intensa la palidez de su rostro, pero no esa palidez de la

muerte, sino la de la vida honda cuando se siente atacada por las sombras. Adheríase la cabeza á la columna, y esfumándose el rostro, daba aquello la impresión de una mancha color oro sobre el blanco mármol. Á ratos vislumbrábase como una cabeza de Jesús agonizante, extremadamente abierta la boca, que estaba seca como un desierto, porque el alma estaba sedienta de ideales; luego desaparecía esa visión, dejando paso á los rebeldes hilos de oro, que agitados de continuo por el viento, se habían enmarañado sobre la cabeza, sobre la frente y hasta sobre las mejillas... El viento frío circulaba entre las tumbas, como un mensajero de los muertos; los árboles se deshojaban, deseosos también de convertirse en cadáveres, y la triste silueta del sepulturero hacía más implacable la soledad del cementerio. La cabeza de Eulogio giró apenas, suavemente, y dos ojos grandes y ardientes, abrasados en ideales y nublados por alguna gota de llanto, fueron á clavarse en el temeroso rostro de Zoilo, cuya alma se retorcía de miedo.

—Son innumerables ustedes. Cuando ando por la calle me los encuentro á montones, con la odiosa risa de imbéciles; entonces el alma se me hiela y me encuentro solo en el mundo. ¿Para qué sirven ustedes? Para ahogar nuestras ansias... ¡Pobre Tito!

Tan hondamente le penetró en ese instante el recuerdo de su amigo querido, que, lo que no había hecho cuando velaba el cadáver, ni cuando lo acompañaba hasta el cementerio, ni cuando pronunciaba su oración fúnebre, lo hizo ahora, es decir, llorarlo con toda el alma, muda y sombriamente, sin aspavientos, con hondos é imperceptí-

bles quejidos. Hubo entonces un recogimiento en su alma, una concentración de todas sus amarguras hacia el recuerdo de Tito Beltrán. Buscó con la mirada la tumba recién abierta, divisóla y parecióle que algo muy blanco y muy luminoso flotaba sobre ella como una blanca y luminosa bandera pura de amor, cobijadora y caliente como un nido, flotante como una idea grandiosa y redentora. ¡El alma de Tito le incitaba aún á la lucha! En medio de su amargura, sintió que su alma cobraba bríos: el cementerio se transformaba ante sus ojos; las tumbas convertíanse en pendones de combate; las cruces eran brillantes espadas; las estatuas eran ardorosos guerreros que luchaban por un ideal; y, finalmente, la columna truncada á la cual estaba él apoyado, era brillante columna de victoria, torre augusta contra la cual iban en vano los dardos de los enemigos. Olvidó á la muerte y se enardeció. Nuevamente volvieron á fijarse en Zoilo dos ojos de fuego; atisbáronle un montón de viborillas de oro, erguidas sobre una frente altiva y despejada, y dos brazos, delgados pero fuertes, sujetaron al temeroso, que quiso huir.

—¡No, no te dejo ir! ¡Te detesto, Zoilo! Tú encarnas para mí la humanidad imbécil, la que nos pisotea. Es preciso qne te muestre lo que es tu alma, lo poco que ella vale, lo raquítica que ella es... Tú no eres ni asesino ni ladrón, pero te mofas de los grandes ensueños. Tu crimen no está previsto por la ley, pero es el crimen más odioso y cruel que pueda haber en el mundo. ¡Hacer mofa de los estremecimientos de un alma grande! ¡Escupir sobre los regueros de luz que deja

ella! ¡Proclamar como verdadera vida la que no se cimenta en ideales! ¡Oh, qué infierno!

Montaña fué cayendo poco á poco en la amargura serena: estaba hermoso como Aquiles llorando á su dulce amigo Patroclo. Brillaba junto á la columna truncada su bella cabeza de oro, como el sol en el ocaso, resaltando bajo el cielo gris oscuro, entre las blancas estatuas. Serenóse, y su alma se acostó sobre las tumbas como si quisiera dormirse también para siempre. Sentía como una sensación de dulce hundimiento, mientras su cabeza se erguía para la eterna despedida de este mundo; cerraba los ojos para ver á su alma en esa marcha hacia lo desconocido; dejábase arrullar por extrañas ideas y sensaciones; sentíase leve y aéreo, y en un sublime momento de deliquio le fué dado ver á su propia alma, libertada ya del miserable cuerpo y dilatada en una plenitud de humanidad, ávida, como el desierto de agua, de las grandes ideas estremecedoras...

Las sombras envolvían las tumbas como en tenuísima gasa negra, y las nubes corrían velozmente.

—¿Has concluído ya, Eulogio? — preguntó Zoilo temblando.

Montaña le volvió á sujetar.

—Todavía no. Hasta hace poco, no me había arrojada yo á la lucha de las ideas, y vivía tranquilamente en el hogar, junto á mi madre. Ignoraba de que pasta estaban hechos los hombres; ahora todo lo sé. He hallado entre los hombres hombres - bestias. El embrión se equivocó: lo que debía salir bestia salió hombre, pero violentamente, dando así lugar á seres humanos incompletos.

Tal es el orígen de ustedes. ¡Ah, qué aridez hay en torno de nosotros! ¡Cómo desconsuela esto! ¡Conciba uno después cosas grandes! Si me parece hallarme en un desierto... caminando sobre la arena sin encontrar ni un árbol, ni una gota de agua... Por eso mi alma está sedienta. ¡Ah, qué sed! ¿Dónde encontrar el manantial que aplaque mi sed? ¿Dónde? Los ojos se me abrasan; mi alma se retuerce como rama seca; mi cerebro es un horno donde se caldean las ideas destinadas á esterilizarse en un ambiente implacable; lucho contra un viento lleno de polvo que me ciega .. Fuera necesario que una formidable hoz segara tantas cabezas inútiles para que las buenas maduraran libremente como ricos frutos. Los frutos podridos caen del árbol, y así debería suceder con aquéllas. Esto ya es demasiado. Tengo el alma llena de odios; la tengo amarga como la hiel, y así la deberán tener los que piensan como yo... Se nos va devorando una á una las fibras delicadas; sentimos en el cuello, en todo el cuerpo, frías serpientes que se nos enroscan y nos envenenan. Nos sentimos agotar, como si una mano implacable penetrara hasta el fondo de nuestra alma, tomara un montón de nuestros ideales y los arrojara al viento como se arroja la basura.

—¡Montaña, ya va á ser de noche! ¡Va á llover! ¡Vámonos de una vez! ¡Tengo miedo de los muertos!

Zoilo temblaba, y miraba las tumbas con los ojos azorados.

—Todavía no, todavía no. Escucha: esta vida es un continuo afán. Mírame un poco ¿no ves como estiro el cuello? Ando como una bestia sedienta.

Montaña separó la cabeza de la columna é hizo con ella el movimiento del que va á beber.

—¡Sí, como una bestia sedienta! ¿Oyes? ¡Como una bestia sedienta!

La noche se venía encima; Zoilo estaba espantado. Creía ver él en torno suyo círculos de muertos bailando y azotándole el rostro con el borde de los sudarios; veía abrirse las tumbas para tragárselo, y el mismo Montaña antojósele un enorme esqueleto con dos ardientes hogueras en las cuencas...

—¡Tengo miedo, Eulogio!

Su pobre, débil é insignificante alma se aplastaba y se desvanecía bajo el peso del temor; le entraba el frío en los miembros, y sus cabellos se ponían de punta.

—¡Suéltame, suéltame, Eulogio!

Intentó huir, pero el otro consiguió atraparle y le obligó á sentarse nuevamente.

—¡Suéltame! ¡suéltame!

—No, no!

Montaña le apretó el cuello.

—¡Asesino! ¡Asesino! —gritó con voz ahogada Zoilo.

—No te irás de aquí, no. Recorreremos los dos las tumbas. Es necesario visitar de noche á los muertos. Quizás los sintamos estremecerse... quizás salgan de sus tumbas... quizás vengan hacia nosotros... ¡Pobres muertos! ¡Pobres muertos! ¡Cuán poco se les recuerda! ¡Cuántos sueños rotos! ¡Cuántos amores cruelmente torturados! ¡Pobres muertos! ¡Pobres muertos!

Estalló aquí en un sollozo, ardiente como sus odios y sus luchas, y se abrazó á la columna truncada, como un mártir...

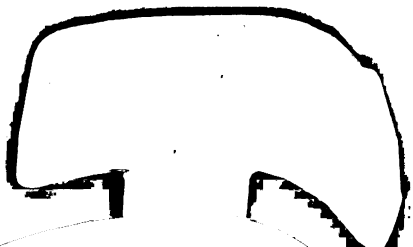
— ¡Tengo sed! — exclamó delirantemente — ¿Hasta cuándo seré un eterno sediento del ideal?

Sintió que alguien le alzaba dulcemente y le desenroscaba los brazos de la columna.

— ¡No temas! — le dijo una voz dulce como la de un niño. — Soy Reginole. Yo podría aplacar tu sed... ¿Quieres? Convirtiéndote...

El respondió con una voz dulce también:

— No. Seguiré luchando. ¿Acaso esto será siempre un desierto?

FIN

YC144314